PABLO

Y VIRGINIA.

DRAMA PASTORAL,

EN TRES ACTOS:

SACADO DE LA HISTORIA

QUE ESCRIBIÓ EN FRANCÉS

ANTIAGO BERNARDINO ENRIQUE

DE SAINT-PIERRE.

PUESTA EN VERSO

Y ACOMODADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON JUAN FRANCISCO PASTOR.

MADRID

LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

En los *Estudios de la naturaleza*, obra que escribió en Frances Santiago Bernardino de Saint-Pierre, se encuentran consagradas algunas páginas á la memoria de Pablo y Virginia, dos criollos de la Isla de Francia, en cuyas costumbres inocentes ha pintado el Autor el mejor quadro, y el mas animado de la naturaleza. Jamas una obra ha correspondido mejor á su título: todo en ella es grande y sublime, pero sencillo como su asunto: las descripciones, las imágines, la variedad empeñan en esta lectura que aumenta su interes al paso que se acerca á la catástrofe; y el lector que ha derramado lágrimas de ternura contemplando el espectáculo de la virtud en su mayor pompa, acaba lamentándose del fin trágico de dos desgraciados, á quienes su suerte ha aumentado el precio de su inocencia. De esta historia tan conocida en Europa se ha sacado el presente Drama; y siendo sus interlocutores los mismos, no variando la escena, el lenguage, el asunto, ni las posiciones, debe resultar el mismo género pastoral, que al Autor le agradó describir y señalar en su obra; pero como los que han dado preceptos á los Poetas Bucólicos, hablando de la Pastoral no se han

721384

convenido en el modo de tratarla, se juzga de ella por la opinion que ya ha formado cada uno de su composicion. Así, pues, los que quieren que solo sean Pastores sus personages, el lenguage lleno de imaginacion y adornado de alegorías ingeniosas (1), hallarán que criticar al Autor y al Poeta de Pablo y Virginia. Sin embargo el C. Saint-Pierre no podia ignorar las leyes de este género, quando caracteriza de Pastoral una composicion, en la qual *le ha agradado sentar á sus Amantes en la orilla de la mar al pie de unos peñascos, á la sombra de los cocoteros, de los platanos y limoneros en flor* (2). En estos sitios campestres me he propuesto representar la situacion de dos Jóvenes amantes, precisados por un esfuerzo de su virtud misma á separarse. Para atraer la atencion del Espectador, se ha escogido una accion grave, entera y de una cierta duracion (3), y se ha desenvuelto con un lenguage sencillo, porque los interlocutores de la Pastoral no tienen otra elocuencia que la del corazon; pero noble, porque su objeto, que es la virtud, se esprime siempre con nobleza. Es verdad

(1) *Fontenelle Desfontaines. Disc. sobre la Egl. y la Past.*

(2) *El Traductor de Pablo y Virginia.*

(3) *Aristóteles.*

ue no hay aquí Pastores recostados en el regazo
e sus amantes fieles, ni rebaños en posesion pa-
fica de abundosos pastos. ¿Acaso es esto esencial
género? Ya se han visto Poetas Bucólicos tro-
r el cayado por las redes, y apartarse de las
bañas para cantar en los ranchos (1). Sin pronun-
r sobre estos exemplos, se ha creído muy con-
niente mezclar con los Pastores personas de otro
ado y elevacion, con tal que no caigan de las
bes (2). Y ciertamente ¿no consuela á la humani-
l ver Héroes y Príncipes en relacion con simples
stores hechos sus amigos; y amar unas mismas
as la naturaleza y la virtud? De esta clase es
visita del Gobernador en la cabaña de Madama
ur, su afabilidad con el Pastor y con los Es-
os, y las promesas amistosas al desgraciado
lo.

Los que han probado el poder de la desgracia
n de que es capaz la fuerza del sentimiento;
jos de extrañar el desembarazo con que Zavi
ueja del rigor con que es tratado, conocerán
esortes del corazon quando la violencia exîge
ar su energía. Si hay quien tenga por inve-
il, que un negro comiendo el pan de lágri-

Sannazaro: Calderon.
M. de Florian.

mas debaxo del polvo que pisa un señor que
paga con una perfidia la vida que le salva, no te
niendo ya en su despecho qué esperar ni qué te
mer; manifieste las razones de la injusticia que
le hace, y que puede haber oído á un Pastor qu
las conoce y habita en las mismas cercanías; sep
que la naturaleza que inspira al hombre irritar
contra la causa de sus males, le da un entend
miento para que los conozca: ¿y podrá negarle
sentimiento para que los explique? La preocup
cion que está á favor de la conveniencia, pod
decir que esta parte de la especie humana nac
con los signos de la esclavitud, indolencia, inse
sibilidad, é ignorancia; pero los que por desgr
cia hacen todavía este comercio bárbaro, saben
mala fé con que excusan el objeto de sus gana
cias torpes.

ACTORES.

'ABLO. *El Señor Juan Carretero.*

IR. DE BURDUNE, Gobernador de la Isla. *El Señor Bernardo Gil.*

L PASTOR DE LA ISLA. *El Señor Vicente Garcia.*

AVI, Negro. *El Señor Rafael Perez.*

ORBAL, Colono. *El Señor Agustin Roldan.*

MINGO, Negro. *El Sr. Miguel Garrido.*

OFICIAL DEL PUERTO. *El Señor Josef* ROS.

RGINIA. *La Señora Maria Garcia.*

D. de LATUR. *La Señora Andrea Luna.*

RGARITA. *La Señora Josefa Luna.*

ISLEÑA. *La Señora Maria Briones.*

ROS, MARINEROS, ISLEÑOS.

El Teatro representa una parte selvage d
la Isla de Francia y las orillas de un larg
arroyuelo, cuyas aguas aparecen muy baxas a
principio del Acto. Está sembrado de una
gruesas piedras que han de descubrir sus pun
tas sobre las aguas; y estarán muy inmedia
tas las unas á las otras, para que un hom
bre pueda pasar por ellas á pie enxuto. El s
tio ofrece una perspectiva selvage y pintoresc
Hay bananos esparcidos por todas partes, p
tanos y cocoteros, y se descubre en medio d
Teatro una palmera cargada de fruto.

Al fin de la obertura se oirá el ruido
una lluvia abundante: en el momento de lev
tar el telon estan Pablo y Virginia debaxo
un árbol.

ACTO PRIMERO.

CORO.

Nube horrorosa,
lluvia espantosa,
¡qué obscuridad!
llueve, graniza,
y opaco el cielo
inundá el suelo:
¡ó Dios, piedad!

SCENA PRIMERA.

Pablo y Virginia.

ab. Olvida el susto, querida:
¿no estás conmigo? no temas.
rg. ¡Ay mi hermano!

Pablo sacando la cabeza.

ab. Bah... la nube
ya se pasó. ¿Qué no creas
lo que te he dicho mil veces?
rg. ¡Siempre tempestades, piedras,
ruido de truenos, granizos!
¿qué es esto, Pablo?

Pab. Que está
es la estacion que las lluvias
caen aquí con mas freqüencia:
¿no te lo he dicho? mas ya
á lo que discurro, cuenta
que ésta podrá ser la última.
Virg. ¿La última? ¿lo crees tú así?
Dímelo por Dios. *Pab.* Espera,
Saliendo al teatro.
voy á verlo; pues bien sabes
que he aprendido algunas reglas
para conocer los tiempos...
Corre, corre. *Virg.* ¡Ay qué bella,
qué hermosa luz! Dime, hermano;
¿qué nombre le dan? ¿Es rueda?
¿Es corona?... es... *Pab.* Arco Iris,
escucha: segun me enseña
el pastor de nuestra isla,
quando se ve contrapuesta
la nube que le ha formado
no hay mas que temer. *Virg.* ¿De verás?
Pab. Sí, querida, alégrate:
ya la luz del sol mas bella
y mas brillante te anuncia
la serenidad. La tierra,
las avecillas, las plantas,

toda la naturaleza
animada, te convida
á gozar de aquesta nueva
alegría, que la lluvia
reparte próvida y fresca
á todos los séres; ven,
admiremos la suprema
mano del Omnipotente;
trepemos por esas peñas,
y desde aquella montaña,
que entre las demas se eleva,
miremos el orizonte;
verás qué magestad reyna
en este vasto espectáculo;
escucharás la tremenda
confusion con que en las rocas
las olas del mar se quiebran:
ven, Virginia, gozaremos
placeres puros, y scenas
que los débiles mortales
corrompidos jamas prueban
en las cortes, quando arruinan
con sus costumbres perversas,
y contínuos criminales
placeres, todas sus fuerzas.
g. Vamos, pues; ¿pero no adviertes

que estámos léjos? ¿no piensas
en dar pronto vuelta á casa?
Yo no sé de qué manera
hemos caminado tanto
sin pensarlo: á esta ribera
llegamos hablando juntos;
y segun todas las señas,
discurro que nos hallamos
distantes mas de una legua
de casa; yo tengo hambre,
y si la noche se acerca...

Pab. La noche... querida hermana,
¡qué locura!... no lo temas;
¿no ves los rayos del sol,
á plomo en nuestras cabezas?
¿no miras la escasa sombra
que estos troncos dan apénas?
partirémos al instante,
quando á los dos nos parezca
mas tarde; mira querida,
aquí te sienta, y merienda

Pone una torta en el suelo.

de estas cortas provisiones;
bastantes son: no, no creas
que estémos tan léjos; voy
á informarme, mas... espera: *Mira al ayre*

quando partimos, las nubes
ví, que en direccion opuesta
á la nuestra iban; ahora
no hay mas que correr tras ellas,
y sin pensarlo ellas mismas
nos llevarán... Ten paciencia.
Virg. Está bien; mas no tardemos
en ir á calmar la inquieta
agonía, en que estarán
nuestras madres: ¡son tan buenas!
ya se vé, porque yo amo
sin la menor diferencia
la tuya como la mia.
Pab. Y yo tambien: ¿qué?... ¿me niega
Madama Latur acaso
el nombre de hijo? ¿y quién piensa
que no lo seré algun dia?
porque al fin, segun se espera,
nosotros nos casarémos.
Tiempo vendrá en que si intenta
abrazar Pablo á su hermana,
que entónces será su tierna
esposa, no correrá
por evitarle que pueda
darle un amoroso beso
que á ella tan poco le cuesta.

Poniéndole la mano en la boca.

Virg. Pablo, Pablo, no hables de eso,
hablemos de otras materias,
de nuestras amadas madres.
¡Qué amarguras, y qué penas
sufren de verse distantes
de su patria! ¿No sospechas,
que la mia está mas triste
desde que recibió aquella
carta que vino de Francia?
¡Oh! hermano, si tú supieras,
ó yo á lo ménos leer,
y por fortuna cayera
en nuestras manos...

Pab. Hariamos
muy mal, si en tal contingencia
robabamos un secreto.
Tú bien ves como mis fuerzas
las empleo únicamente
en divertir las tristezas
que las aflige, al hallarse
tan distantes de sus tierras:
he compuesto nuestra casa,
como dicen que se encuentran
las de Francia. A los extremos
opuestos de nuestra huerta,

llamo Normandía, y Bretaña,
las dos provincias primeras
que habitáron nuestras madres.
Virg. Es verdad: aras la tierra
con Domingo nuestro negro,
y cultivais sin pereza
cañas de azúcar, bananos,
platanos, y dos palmeras
que en el frondoso jardin
plantó Domingo en la mesma
hora que los dos nacimos,
y juntos allí se elevan.
Entre los dos, Pablo mio,
nació de amistad materna
nuestra filial amistad;
nos queremos, sí, á presencia
de nuestras madres, y el gusto
que de oirnos tienen ellas,
iguala al nuestro en decirnos
amores con inocencia.
¿Mas qué esto?... ¿no ves Pablo *Da un grito.*
qué negro hácia aquí se acerca?
¡qué miedo! *Pab.* ¿Por qué?... ¿conmigo?...

SCENA II.

Pablo, Virginia, y Zavi ocultándose entre la arboleda.

Virg. ¡En qué estado, en qué miseria
vive el pobre! *Pab.* Ciertamente,
que me ha llenado de pena...
¡Oh! voy á darle la mano.
Virg. ¿Y si te hace mal?
Queriendo detenerle.
Pab. No temas,
¿pues no ha de ver que le quiero
dar favor? llega... llega,
amigo mio, ¿dónde vas?
Zavi. Piedad, señoritos: sea
el peso de mis dolores
asunto de vuestra tierna
y sensible compasion.
Virg. Alza del suelo, sosiega.
Zavi. ¡Ah! soy muy digno de lástima.
Pab. Consuélate, y ten por cierta
mi confianza, ¿qué tienes?
¿por qué te afliges?... ¿Ves ésta?
pues es mi hermana Virginia,
yo Pablo.

Zavi. ¡Almas sinceras!
yo os conozco, y sé que sois
amados en esta tierra
de todos, y cuyas madres
viven juntas aquí cerca.
Pab. ¿Ves cómo no estamos léjos *A Virg.*
de casa?
¿Dime, pudieras *Al negro.*
contarnos tus desventuras?
Virg. Desde el pie hasta la cabeza
está herido; ¡qué desdicha!
siéntate infeliz, y haz cuenta
que los dos socorrerémos
tus dolores con la mesma
compasion que los miramos.
¿Quién eres ¿por qué te inquietas?
Pavi se sienta en un banco de céspedes junto
a Virginia, que le limpia el sudor con su pa-
ñuelo, miéntras Pablo coje hojas de los ár-
boles en las que envuelve los pies
del negro.
Tranquilízate: ¿qué? ¿dudas
de tu seguridad? ¿piensas
que mi hermano y yo faltemos
á dar auxílio á las penas
de un desgraciado nos causa?

Zavi. Señoritos, si la adversa
casualidad de nacer
en clima, cuya influencia
por darnos otro color
tristemente nos condena
á la esclavitud, no halla
en vuestras almas sinceras
este vil pretexto para
degradar con la mas fea
ignominia vuestra especie,
si vuestra tierna inocencia
todavía corrompida
no se halla en las perversas
preocupaciones del dia,
tened piedad del que os ruega,
del que humillado se postra
hoy á vuestros pies. *Virg.* ¿Qué intentas?
levántate, solo quiero
que me cuentes tus miserias.
Pab. Sí, buen negro, sientate,
y hazle este favor: que ella
quando sepa tus trabajos
te aliviará en lo que pueda.
Zavi. Vuestra compasion merece
mi confianza: ¡qué bellas
almas! Mi antiguo señor,

á quien he servido atenta
y fielmente veinte años,
me ha vendido á otro que intenta
embarcarse para Francia:
yo soy casado aquí en esta
isla, y tengo dos hijos
á quienes amo con tierna
y paternal aficion;
mi nuevo señor, dispuesta
ya su marcha, me separa
para siempre, sin que pueda
pensar en volver á verlos:
Si á lo ménos nos hubiera
todos vendido juntos...
Si á ellos unido tuviera
un destino igual, su vista
en mi esclavitud hiciera
el placer, y la ventura
de mis tristes dias; mas esta
dulce ilusion de mi dicha
se desvanece en la inmensa
oscuridad del destino...
moriré... sí, entre las penas
que al dexar mi pobre choza,
á mis hijos me rodean:
¿qué importa? ¿no sabrán

con el fin de mi carrera,
y de mis pasados males
el tierno amor que les muestra
su esclavo padre? ¿La vida
no es una dura cadena
que arrastra aquel que ha perdido
lo último que le queda?

Virg. Ve aquí Pablo, los efectos
de la esclavitud. ¡Ah! ¡fiera
codicia! ¡Ah! Européos,
llorad conmigo esta cierta
pintura de vuestra obra.

Zavi. ¡Ruego vano, cuya fuerza
es inútil quando toca
en corazones de piedra!

Pab. Infeliz padre... ¡Ah! Virginia,
quiera Dios no se envilezca
tu virtud con un comercio
tan indigno, y que detesta
la humanidad. Desgraciado,
si te abandonan tus fuerzas;
si padeces, vente á casa,
allí estarás como quieras,
ayudarás á Domingo;
y si son nuestras cosechas
abundantes este año,

A Zavi

con lo que se venda de ellas
comprarémos tus dos hijos.
Zavi. ¡Alma santa! Dexa, dexa, *Arrodillándose.*
que adore tanta piedad.
Hab. No estés mas de esa manera.
Virg. Pobre negro, ¡cómo llora!
¿qué tienes? ¿qué te atormenta?
¿Estás malo? *Zavi.* Sufro mucho;
dos dias ha que entre estas breñas
ando errante, perseguído
de cazadores, que acechan
mi inútil vida. Los perros
siguiéndome como á fiera
me han maltratado; ojalá
hecho pedazos me hubieran,
para no verme desnudo,
sin asilo, á la inclemencia,
y medio muerto de hambre.
Virg. ¿Con qué huyes segun cuentas
de tu amo? *Zavi.* Sí señora,
de mi amo, porque intenta
venderme al Frances que hoy
se embarca; entre tantas penas
quise matarme: mas viendo
que habrá quien me compadezca
en esta isla, no es justo

que así el desgraciado muera.
Pab. Sí hay, amigo; y quien contigo
llorando tu suerte, piensa
remediarla... ya verás
mi intencion; ahora sosiega,
y come de nuestras frutas...
dáselas todas; enseña
Virginia á tu corazon
á hacer bien.
Virg. En horabuena, *Dándoselas*
toma, pobre negro, y come
de estas maduras y frescas
frutas de nuestro jardin;
mira que ayudé á cogerlas
esta mañana á mi hermano.
Zavi. ¡Qué deliciosas! ¡qué bellas!
¡qué agradables! ¡Ah! Señores,
las fuerzas se me renuevan;
no pareceis blancos, jóvenes,
en vuestra piedad.
Virg. ¿Quién niega
el favor á un desgraciado,
aunque su enemigo sea?
fuera de que, ¿no eres hombre?
pues si lo eres; ¿pudiera,
sin injuriarme á mi misma,

negarte un socorro? piensa
en venirte con nosotros;
mas si estás cansado, espera
que con ramas te haga Pablo
una sombra; y baxo de ella
dormirás si te parece.
ab. Pues ya se ve, ¿qué me cuesta?
Voy á juntar materiales:
ya lo verás...

Al paso á Virginia.

no le pierdas
de vista, y si beber quiere,
dale tú miéntras se empieza
la obra... ¿lo has entendido?
a á buscar ramas que coloca al contorno del banco donde esta Zavi.
g. Sí, Pablo; no te detengas,
tienes sed?

Al negro.

vi. ¡Ah! y bastante.
g. Me parece que aquí cerca
orre una fuente muy clara;
) veré, vuelvo ligera.

Pablo mirando su obra.

· ¡Esto va que es un encanto!
i solo. Al ver de los dos la tierna
ad, y el cuidado que,

como á su padre me muestran,
la imágen de mis dos hijos
á mi idea se presenta.
¡Pobre Zavi!

Virginia vuelve trayendo agua en sus manos

Virg. Vamos, bebe.

Acercando sus manos á la boca de Zavi.

Y sino es bastante ésta,
haré un segundo viage.

Zavi bebiendo de las manos de Virginia.

Zavi. ¡Qué bien me has hecho! Dios quiera...
Mas ay de mí... Soy perdido...
me ha visto el amo... él se acerca.

Virg. ¡Qué ayre tan malvado tiene,
y qué miradas nos echa!
Pablo, Pablo; aquí conmigo.

Pab. ¡Qué ojos, y qué fiereza!

SCENA III.

Los dichos, Dorval vestido de colono con u palo en la mano, y esclavos negros.

Dorv. Aquí está el indigno; atadle,
y cargadle de cadenas.

Pab. No le haga mal quien no quiera... *Con firmez*

Dorval amenazando á sus negros.

Dorv. Esclavos, el señor manda.

Virginia deteniendo á Pablo pronto á reñir con Dorval.

Virg. Hermano... Señor, clemencia.

Pab. ¡Perseguir á un desdichado! *A Virginia.*
¡arrancarle con tan fiera
tiranía de sus hijos!
esto es mucho; no hay paciencia.

Dorv. ¿Con qué derecho, imprudente,
opones tu débil fuerza
á la ley de mi albedrío?

Pab. Con el que naturaleza
me da para defender
mi naturaleza mesma.

Dorv. ¿Sabes que me pertenece
este esclavo, y que su venta
cerré con el Gobernador
que me le ha comprado? *Virg.* Espera,
con el Gobernador, aquel
que recibió por mas señas
mi madre tan cruelmente
cuando pasó en su tristeza
invocar su proteccion?
Ah pobre negro, quién fuera
bastante para impedir
que no le pertenecieras!

Dorv. ¿A Monsieur de Burdone? *Con calor.*
Como ignorais su clemencia...
mas no importa; yo no vengo
á hacer aquí su defensa,
sino es por mis intereses;
y por cumplir con la deuda
que contraje con un hombre
de bien, el padre de nuestra
isla, el genio tutelar,
y por castigar la necia,
la precipitada fuga
de aqueste desertor. Ea, *A los Negros.*
atadle: ¿qué os deteneis?
Pab. y Virg. Señor, perdonadle; y sea
quando no por nuestros ruegos,
á lo ménos por sus penas.
Dorv. Huir el pérfido, y dexarme...
Pab. Eso ha sido falta nuestra,
porque sabed que ya iba
á volverse á toda priesa
desde aquí, quando nosotros,
Pablo y Virginia, por fuerza
le detuvimos.
Dorv. ¿No han dicho
Pablo y Virginia? *Ap.*
Virg. No mientas, *A Pablo.*

que no lo hemos detenido *Ap.*
Pab. Es verdad; pero quisiera
libertarle del castigo:
Dorval considerando á Pablo y á Virginia.
Dorv. Si no mienten las sospechas
con que á los dos exâmino,
estos son (segun las señas)
los dos criollos, de quienes
tantas cosas todos cuentan.
Pavi arrojándose á las rodillas de Dorval.
Pvi. Señor, erré: perdónadme
por compasion; si yo fuera
por vos vendido igualmente
con mis hijos, os hubiera
obedecido al instante;
mas dexarlos, sin que pueda
el resto de una esperanza
ntretener mis ideas...
g. ¿No le veis llorar, señor?
teneis el alma de piedra?
Ved como yo tambien lloro!
blandaos, señor, y pueda
na accion buena excusarnos
on nuestras madres la ausencia
ue hemos hecho esta mañana.
v. Soltadle, que se interesa *A los negros.*

Virginia... Virginia: ¡Ah! *Mirándola.*
¡qué poderosa eloqüencia
corre de tus dulces ojos!
Levanta, que mi clemencia *A Zavi*
te han alcanzado sus ruegos;
ya te he perdonado... Cuenta *A los negros*
con no hacerle daño alguno.

Zavi. Señor, ¡hasta dónde llega
la piedad con vuestro siervo!

Dorv. Sí, te perdono. Ahora piensa
en ver á tu nuevo amo:
que aunque se embarca, no creas
que esté en Francia mucho tiempo.

Zavi. Señor, mis hijos...

Virg. No temas: *Al paso.*
nosotros los compraremos:
consuélate. *Dorv.* Solo resta
que des gracias á Virginia.

Zavi. Y á vos, Señor; pero sean
escuchadas mis palabras.

Dorv. Habla, pues; dí quanto quieras.

Zavi. Ya por fin que habeis dispuesto
por una efectiva venta
de mi persona; en el acto
que de vos hoy me enagena,
compro el derecho de hablaros.

Quando de una cruel tormenta
en los mares de la India
creisteis perecer, se encuentra
mi canoa pronta á daros
socorro; os puse en tierra,
y os tuve en mi misma choza
mucho tiempo; á la primera
ocasion que un bergantin
aportó de vuestra tierra,
me robasteis, y á su bordo
uí conducido; ¡qué penas
ne hicisteis sufrir pagando
ni caridad con cadenas!
)s he servido fielmente
einte años, sin que pueda,
espues de tantos insultos,
rmar una sola queja
ntra vos; decidme ahora
lónde está, dónde se encuentra
derecho natural
e permita, que sostenga,
apruebe vuestro perjuro
esclavitud, y esta venta
ni vejez? ¿Qué dominio
dió la naturaleza,
nbre blanco, sobre mí?

¿La sencillez, y una incierta
y simplísima vida
entre montañas y fieras
es un delito que debe
castigarse? Y aunque sea,
muéstranos vuestra mision.
¿Quién la sancionó?

Dorv. Las quejas
que aprendisteis, y que tanto
hoy el repetir aprecian
los bárbaros como tú,
no merecen mas respuesta
que el desprecio; sin embargo,
aunque no me lo agradezcas,
sabe que el fin de robarte
fué instruirte en la perfecta
religion que profesamos.

Zavi. ¡Pretexto hermoso! mas sea
como lo decís: ¿no es cierto
que esta religion ordena
que me trateis como hermano?
¿por qué oprimes como á bestia?

Dorv. Sois malvados, perezosos,
pérfidos; y si la fuerza
no os domára, al fin seriais
del mismo que os alimenta

asesinos. *Zavi.* La dulzura
de nuestra nacion se prueba
en que no lo somos, puesto
que en opresion tan funesta
vivimos desesperados:
pero ya, señor, que quedan
en vuestro poder mis hijos,
fingid allá en vuestra idea
que son hombres como vos,
que raciocinan, que piensan,
y que su alma racional
es digna de mas clemencia
que la que usasteis conmigo.
Sed mas contenido, miéntras
los Príncipes de la Europa,
entre tantas providencias
y convenciones tan útiles,
en general establezcan
la mas gloriosa de todas
á favor de la clemencia
y de la piedad. Hijos mios,
dulces y queridas prendas,
nunca, nunca vuestro padre
os verá mas. Quién pudiera
arrancar de la memoria
uestra imágen... y vos tiernas

y generosas criaturas,
piadoso el cielo os conceda
la ventura que me falta.
Sed dichosos quanto pueda
durar mi agradecimiento.
Mandad, señor, que la entrega
se haga de mi persona.

Dorv. Llevadle, nada os detenga,
á Monsieur de Burdone.

SCENA IV.

Pablo, Virginia y Dorval.

Dorv. Ya ves, Virginia, si aprecia
mi cariño tu virtud.

Virg. ¿Quién quereis no se enternezca
á la vista de un esclavo?
Si vierais, señor, la pena
con que he oído sus razones...
pero al ménos me consuela
ver que le habeis perdonado.

Dorv. ¡Ah Virginia! ¿pues pudiera
yo resistir á tus ruegos?
En fin, mis Negros me esperan:
quedad en paz.

Virg. Id con Dios.

SCENA V.

Pablo y Virginia.

rg. ¿Se fué ya? *Pabl.* Ya se fué. *Virg.* Ea;
y bien Pablo, ¿qué me dices?
¿No me das la enhorabuena?
¿No hablé bien á este Colono?
bl. ¡O! tus ojos y tu inocencia
lo han hecho todo. Já, já,
cómo te miraba! *Virg.* Sea
o que quiera, ello es
que hemos hecho una accion buena;
mejor, pues no buscamos
por hacerla recompensa.
Mas no ves qué tarde es ya?
Debemos irnos. *Pab.* Por fuerza
partirémos; pero ántes
Virginia tendrá paciencia
niéntras en los dos pensamos.
g. Tienes razon; ea, por hecha
gracia: y bien. ¿Qué quieres?
. ¿Qué quiero? de la merienda,
orque estoy muerto de hambre.
. Pues amiguito, esa mesma
ecesidad tengo yo;

mas si contabas con ella,
hazte una cruz en la boca.
Pab. ¿Por qué? *Virg.* ¿Por qué...? Esta es buen
¿no me dixiste tú mismo
que toda al negro la diera?
Pab. Es verdad, no me acordaba:
Virginia mia, paciencia.
Por mi generosidad
me he empeñado de manera,
que hoy no tienes que comer.
Virg. ¿Y qué importa? tambien ella
nos procuró un gran placer.
Pab. ¿Cómo lo harémos...? por estas
cercanías no se ven
árboles de frutas buenas...
no hay tan solo un Tamarindo...
Si á lo ménos pareciera
un Limonero, un Naranjo
para refrescar... si hubiera...
¡pero qué veo!... ¡Ay! Hermana,
¿no lo ves tú...? una Palmera:
voy á subir...
Virginia queriendo detenerle.
Virg. Ay Pablito,
¿y si te caes de cabeza?
Por Dios mira lo que haces,

'ab. ¿Yo caerme? buena flema;
¿quando en el puerto hay navíos,
no has visto la ligereza
con que trepo hasta los topes,
y me baxo por las cuerdas?
irg. Por fortuna no lo he visto.
ab. ¡Quántos tiene! ¡Qué soberbia
rama de dátiles! pero
se aparta tanto, que apénas
podré llegar con la mano.
irg. ¿Maduros, Pablo? echa, echa.
ab. Mira donde está la rama,
ponte tú debaxo de ella,
yo la inclino con el pie,
y quando de esta manera
haya baxado á tu altura,
e echas la mano, te cuelgas,
y no le dexas un dátil:
estás ya? *Virg.* Sí. *Pab.* Pues alerta.
punto que Virginia está para coger la rama
dátiles, retira de repente Pablo su pie con
la ha ido inclinando, y vuelve á cobrar su
ntigua altura sin que Virginia la haya
podido alcanzar.
g. ¡Miren el loco! no aumentes
on tus juegos mi impaciencia:

si ves que aun no la alcanzaba,
¿por qué quitas tan apriesa
el pie? Vaya Pablito,
dame un dátil, y no quieras
que porque te necesito
te ruegue lo que deseas.

Pab. Yo te daré muchos, muchos;
pero dime, en recompensa
¿qué me volverás, Virginia?

Virg. Un abrazo, y estas frescas
flores que llevo en el pecho.

Pab. Está muy bien... quando veas
que va la rama llegando,
salta con toda tu fuerza,
y tenla con las dos manos
no se te escape... ¿No llega?

Virg. Ya la tengo, ya la tengo.

Pablo se tira al suelo, y la abraza.

Pab. Yo tambien te tengo presa;
ahora no te escaparás.

Virg. Mira que me desesperas,
tenla, tenla; que la suelto.

Pab. Pagar es primero, y sea
despues lo que tú quisieres...
Ya que estamos en paz, dexa,
y verás los que te alcanzo

prontamente... coge apriesa.
irg. Bueno, bueno; ¿á qué son tantos?
yo no quiero que se pierdan
los que no hemos de comer.
ab. Ni yo tampoco: así cesa
palmerita de dar dátiles.
irg. Con todo, con todo juegas.
ab. He aquí, hermana, á lo que llaman
en Europa, segun cuenta
el Pastor, vida selvage,
cantar, baylar, pasearse,
quererse con inocencia,
contentarse con su suerte,
y no codiciar la agena.
rg. Pues dime, Pablito, ¿cómo
en las ciudades emplean
os señores todo el dia?
b. Cada qual á su manera,
unque ninguno hace nada
le provecho; aquel que piensa
islado con su familia
sistir á sus haciendas,
e tienen por un selvage,
entónces le menosprecian
omo á un bruto á quien no deben
atar con benevolencia.

Virg. Por eso los Européos,
van desde tan largas tierras
á castigar en el negro
débil la naturaleza
por haberlos hecho selvages.
Séanlo muy enhorabuena;
dén ellos gracias á Dios
de no serlo, y no se metan
á compradores de hombres,
que escondió naturaleza
tan léjos de su ambicion.
Pobre Zavi... Si yo fuera
quien mandára en esta isla,
habia de hacer...

Pab. ¿Qué hicieras?

Virg. ¿Qué? prohibir tan vil comercio
baxo rigurosas penas:
declarar por ley infame
el hombre que á otro vendiera,
fuera blanco ó fuera negro,
ó mandar que el que quisiera
tener esclavos, pagase
por cada uno diez guineas
cada año de tributo:
no, no, yo haría de manera,
que si ellos hacian esclavos,

que tambien ellos lo fueran.
ab. Si en lo que alcanza la vista,
se hallára alguna vereda
que pudiera conducirnos...
rg. Ve aquí el arroyo que esta
mañana los dos pasamos
á pie enxuto, qual se aumenta
con la lluvia que ha caído.
Pues si es menester dar vuelta,
para volvernos á casa,
o tengo bastantes fuerzas.
Pablo reconoce el terreno, y vuelve.
b. Yo te llevaré... Verémos...
pareciera una senda...
o hay que hacer... Será del caso
odear algo... por fuerza.
g. ¿Con qué nos hemos perdido? *Llora.*
Válgame Dios! ¡qué tristeza
adecerán nuestras madres!
tienes la culpa de estas
minatas. *Pab.* No te aflijas,
xame hacer... ten paciencia,
ré voces, y verás.
Sube sobre una piedra, y grita.
o hay cazadores que vengan
socorrer á Virginia?

Corre adonde está su hermana.

Pab. ¿Has escuchado? ¡está atenta!

Virg. El es Leal, nuestro perro. *Con alegrí*
Esta es su voz; qué... ¿tan cerca
de casa estamos?

Pab. Hermana: *Con regocij*
mira aquí á Domingo, alienta.

SCENA VI.

Pablo, Virginia, y al otro lado del arroy
Domingo.

Dom. Allí están; ya los hallé,
voy á pasar, y Dios quiera,
Atravesando el arroyo por las piedras.
que por seguir vuestros pasos
no caiga yo de cabeza.

Virg. Ay Pablito, que va á ahogarse
si se resvala. *Pab.* No temas,
¿no ves que sabe nadar?

Al llegar Domingo le da Pablo la mano p
saltar á la orilla.

Pab. ¡Ah! Pobre Domingo. *Dom.* Buena
la habeis hecho: vuestras madres,
no hallándoos en la pradera,
quando volviéron conmigo

á casa, se desconsuelan.
María que trabajaba
en un rincon de la huerta,
no supo decir á dónde
os hallaria; se aumenta
el temor, pregunto á todos,
y nadie me da respuesta.
En fin, teniendo sabido
por larguísima experiencia,
que vuestra estrella os inclina
á una inquietud sempiterna,
cojo el vestido de entrambos,
hago que Leal los huela;
y como si el pobre perro
mis ideas conociera,
empieza á ladrar, me sigue,
no ve un árbol que no huela,
ni madriguera por donde
entre, salga, escarve, ó vea.
g. ¿Y cómo fué el encontrarnos?
m. Porque en aquesa ladera,
nos negros me contáron
esde la cruz á la fecha
uanto yo queria saber;
tomé tan bien las señas,
ue culebreando al fin

dí con vosotros: valiera *Ap.*
dar mas bien en una trampa:
lleve el diablo vuestras piernas...
Pab. Me alegro que hayas venido,
para que Virginia tenga
compañía: ya lloraba.
Dom. ¡Qué criaturas tan inquietas! *Ap.*
estos son los señoritos,
por vericuetos y peñas
todo el dia: y aquí está el negro
que los ha de hallar por fuerza.
Virg. ¿Qué haces Domingo? *Dom.* Oracion,
para que Dios nos dé fuerzas:
que bien serán menester,
si hemos de andar quatro leguas.
Virg. ¡Quatro leguas! no es posible. *Admirada.*
¿Qué esto por tí nos suceda? *A Pablo.*
¿Qué será de nuestras madres,
quando por la vez primera
se encuentren sin sus dos hijos?
¿Cómo he de andar quatro leguas?
Pab. No llores, Virginia... Mira,
¿sabes qué harémos? te sientas,
y luego que has descansado,
marchamos un poco; vuelta
á descansar, despues

vamos mas allá: con estas
pausas, y algunos ratillos
que yo te llevaré, piensa
que ántes del amanecer
estás en casa. *Dom.* La cuenta
sale muy bien; pero tiene,
si se registra, mil quiebras
ab. ¿Cómo mil quiebras?
om. Y grandes;
porque á las madres que esperan,
se hacen siglos los instantes.
irg. Es verdad: ¡ó! quién pudiera
darles ahora mil besos.
ab. Dí, Domingo, ¿no se abrevia
el camino si pasamos
este riachuelo?
om. Por fuerza.
b. Pues si estoy acostumbrado
en la obra de la huerta
á llevar pesos enormes,
no podré por estas peñas
que se ven sobre las aguas,
altando con ligereza,
asar á mi hermana en hombros?
Vamos, hagamos la prueba:
o me apoyaré en tu brazo,

y con tu auxîlio, y mis fuerzas
pasarémos: vamos luego.
Virg. ¿Lo quieres tú?... sí... pues sea.
Sobresaltada.
Dí, Pablo, ¿y si por desgracia
se te van los pies, y ruedas?
Pab. Chito, y vamos. *Virg.* Bien está.
Dentro coro de negros.

Temed á la corriente,
Criollos generosos,
y dexadnos gustosos
vuestra virtud premiar.

Los unos se precipitan al agua, los otros atr
viesan el arroyo por las piedras
á la orilla opuesta.

Pab. ¿Dónde van con tal estruendo
tantos negros? *Virg.* Dí, ¿qué intentan,
Domingo? ¿No has visto como
se han arrojado, y qué priesa
se dan en ganar la orilla?
Dom. ¡Santo Dios, tu gran clemencia
cuide de estos inocentes!
Dad gracias á Dios que vela
sobre voşotros: los negros

son amigos, y por fuerza
vendrán á darnos socorro.

SCENA VII.

Los dichos, Zavi, y tropa de negros que han salido del arroyo.

avi. Ya que la compasion vuestra
me libertó del castigo,
admitidnos esta prueba
de un tierno agradecimiento.
Amigos, haced con cuerdas, *A los negros.*
y con ramas unas andas
en las que Virginia pueda
ser llevada en nuestros hombros.
Triunfe la virtud, y sea
siempre el ídolo del negro,
mas que el blanco le aborrezca.
m. ¿Humano y agradecido,
el que de pies á cabeza
es negro como la pez?
Vaya, que no lo creyera;
y cómo podré creer
o que toda Europa niega?
b. Una vez que estos amigos
os favorecen, ¿qué esperas?

Virg. Querido hermano, jamas *A Pablo.*
dexa Dios sin recompensa
el beneficio que hacemos.
Zavi. Cantemos, porque divierta
Virginia el temor de verse
entre las aguas, y sea
quando querais la partida.
Pab. A tu lado voy; no temas.
Sobre las andas que han forjado los negros, s
coloca Virginia, y es llevada en hombros a
quatro negros. Pablo por un lado, y Doming
por otro la sostienen. Unos negros preceden,
delante de todos va Zavi sondando el arroyo
para facilitar el paso.

Un Coro.

Pasémos el arroyo,
quitémosle el temor,
cantando, amigos mios,
el triunfo del amor.

Otro.

Cantemos, cantemos,
la virtud, el amor,
las gracias, la inocencia
que reyna entre los dos.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el jardin de la habitacion de Madama de Latur: á su entrada se ven dos Palmeras una enfrente de otra de igual altura: el centro está ocupado de árboles propios del pais.

SCENA PRIMERA.

Madama de Latur y Margarita.

Marg. Tranquilízate, mi amiga,
confiemos en la cierta
fidelidad de Domingo;
bien conoces quánto aprecian
todos á nuestros dos hijos;
sus virtudes, su inocencia
y sus gracias se celebran
por los Colonos: sosiega,
ellos volverán, y este
corto instante pertenezca
á la amistad; sí, le debes
la relacion de tus penas:
delante de nuestros hijos
su corazon se reserva,

se oculta; ¿pero conmigo...?
Latur, ¡Ah! querida compañera,
bien sabes con qué motivos
dexé á Francia; por mí mesma
hice eleccion de un esposo
sin atender á las necias
cabalas de mi familia,
ni acceder á otras ideas
que no fuesen dirigidas
á Monsieur Latur, opuestas
en un todo á mis parientes,
por no sé qué diferencias.
Ultrajada, perseguida,
enamorada, y resuelta
parto con mi dulce esposo,
y establecernos en esta
isla los dos resolvimos;
mas quando rica y contenta
estaba con su ternura,
quiso mi fatal estrella
que le perdiera, quedando
con una querida prenda
de su amor, mas sin apoyo.
Reducida á mi miseria
tuve la dicha de hallarte,
y te amé; tú tambien eras

desgraciada, y se estrecháron
nuestras almas mas apriesa.
arg. ¡Ah! tambien fuí desgraciada;
pero con qué diferencia!
burlada por el mas pérfido
le los hombres, que me dexa
con mi desgraciado hijo
bandonada; ¿pudiera
l gage de un tierno amor,
cuyo himenéo debiera
segurar con mi gloria
ni ventura y mi exîstencia,
er condenado á sufrir
esde sus horas primeras?
, amiga: desamparada,
espreciada, y siempre expuesta
furor de mi familia,
engo aquí á buscar la quieta
la amable soledad,
onde te encontré; mis penas
mis ultrages bendigo,
es sin ellos no pudiera
ber hallado la dicha
tan digna compañera.
r. Las dos entónces uniendo
corto bien que nos resta,

compramos este terreno,
donde hicimos la pequeña
habitacion que ocupamos.
Yo tenia una parienta
en Francia, á quien escribí:
y rogué de todas veras
á Monsieur de Burdone
me hiciera el favor de verla
en un viage que hizo
á este reyno: á su vuelta
le visité por saber
con la mayor impaciencia
el suceso de mi carta;
mas me pintó de manera
la indignacion de esta tia,
su ódio y su resistencia
á socorrerme, que al fin
llegué á perder toda idea
de un corto alivio; hasta él mismo
insultó con imprudencia
mi desventura, añadiendo
que merecia justas penas
una union por eleccion.
Tal fué el fruto y recompensa
de once años de esperanzas.
Marg. ¿Y te afliges? ¿qué interesa

ıl sosiego que gozamos
ıoticias de tu parienta?
No hemos vivido dichosas
asta este dia sin ellas?
)lvídala para siempre,
ya que vemos la tierna,
inocente inclinacion
ue Pablo á tu hija profesa,
sémoslos; de este modo
la edad de su inocencia
evengamos que mañana
energía desenvuelva
su carácter ardiente:
e entónces me temo...
r. Espera,
lavía son muy jóvenes,
muy pobres; yo quisiera
primero nuestro Pablo
un paquebot se fuera
as Indias: me parece
descubre inteligencia
comerciar; entónces
mayores conveniencias
vuelta de Virginia...
¿Cómo? ¿qué has dicho?... ¿á la vuelta
Virginia?

Latur. Sí, mi amiga,
he aquí el dolor que te resta
por saber. En esta carta...
Marg. ¿Y bien?
Latur. (Me ahoga la pena)
de Monsieur de Burdone...
Marg. ¿Qué puede decirte en ella?
Latur. Este buen Gobernador,
á quien culpaba ántes necia,
por su duro tratamiento,
fiel testigo de mi adversa
situacion, tan vivamente
con mi tia se interesa
en su segundo viage,
que ha podido su dureza
ablandar en mi favor;
ya me ama, ya desea
volverme á su gracia; ¡pero
á qué precio!... Compañera, *Suspira*
quiere que le envie á Virginia:
un navío se hace á la vela,
y el Gobernador vendrá
hoy mismo por mi respuesta...
Marg. Separarte de tu hija...

Coro dentro.
Hermosa jóven,
quiera tu suerte
dichosa hacerte
por tu piedad.
Otro.
Cantemos, negros:
Virginia viva,
y Paulo viva:
cantad, cantad.

t. Ellos son... ¿no oyes? que llegan. *Llena de*
rg. Nuestros hijos... *Lat.* Esta vez *gozo.*
o me fué la suerte adversa.

SCENA II.

dichos, Pablo, Virginia, Domingo y Negros.

g. Nosotros, nosotros somos.
ur. Dulces, y queridas prendas
e dos madres desgraciadas,
le dónde venís? ¡qué penas,
ué amargura me has causado!... *A Virg.*
. Venimos de la pradera
implorar por un buen negro
perdon: y la merienda

le dimos, viendo que estaba
desfallecido, y sin fuerzas.
Despues sus fieles amigos
agradecidos se empeñan
en pagar el beneficio,
y nos traen de esta manera.
Lat. Lo que he sufrido me pagas *Abrazan*
con la compasion que muestras. *á Vi*
Pab. Y yo os veo, madre querida.
¿Qué otra ventura me espera?
Dom. Los muchachos á las madres
con sus gracias embelesan: *Ap.*
son virtuosos, afables,
hacen por naturaleza
bien á todos, son modestos,
y por su grande inocencia
son estimados de quantos
nuestra habitacion rodean;
pero les ha dado Dios
á estas criaturas tan buenas,
tal fluxo de caminar,
y ligereza en las piernas,
que solo yo que lo paso
puedo decir lo que cuesta.
Marg. Yo te perdono tambien,
hijo mio, la impaciencia

de esperaros: y su causa
me llena de complacencia.
b. No temais, madre querida,
que mas vuelva á la pradera,
ino quereis... *Mirando adentro.*
Qué destrozo!...
Quántos árboles por tierra!...
Quién ha causado este daño?
rg. La tempestad, ¿no te acuerdas
ue las hay todos los dias?
que ha sido muy tremenda
de hoy? *Dom.* Dígalo yo,
ue me cayó toda acuestas
r buscar á mis señores.
Quántos suspiros me cuestan
lo por estos navíos,
e estan para dar la vela,
han de partir para Europa
ñana.
arita pone la mano en la boca de Pablo, y le abraza.
Que se detengan. *Con vivacidad.*
ién les manda que se vayan?
eden muy enhorabuena
o nosotros quedamos.
digo bien? *Latur.* ¡Dura pena!

Virg. ¿Por qué llorais, madre mia?
Ya hemos venido, y resuelta
estoy á no separarme
de vos un punto, aunque sea
con Pablo. *Dom.* Esto va largo: *Ap.*
y á un negro que tiene (¡buenas!)
sin comerlo, ni beberlo,
andadas mas de tres leguas,
¿quién lo detendrá, guardando
las llaves de la despensa?
Señora, á estos pobrecillos
(si lo permitís) pudiera
dárseles algo... *Latur.* Al instante,
sí, dales lo que tú quieras. *Le da unas llav*
Toma, llévalos adentro,
y haz que coman, y que beban.
Dom. ¡Palabras santas! amigos,
toca á marcha á la bodega,
adonde de caballeros
hemos de dar largas pruebas.

SCENA III.

Pablo, Virginia, Madama Latur y Margari

Virg. Madre mia, hicimos mal
en no pediros licencia

para partir: perdonadnos
esta falta; y estad cierta,
que léjos de vuestro lado
sufre mi alma, y se inquieta
mi corazon: diles Pablo,
lo que hacíamos en su ausencia.
ab. Quando Virginia lloraba,
por mucho que yo quisiera
contenerme, no podia;
y al fin lloraba con ella:
el placer del bien que hicimos
l pobre negro, no era
astante á mi corazon.
oda la naturaleza
n viva, tan animada,
cordándome de nuestra
bitacion, y de vos,
ida, marchita y muerta
presentaba á mis ojos.
Qué era el Sol, el Mar, la bella
monía de los Séres?
a obscuridad inmensa.
, madre mia, jamas
dexaré, ni á esta tierra
nos ha visto nacer.
¿Y por qué? ¿hallas en ella

A Pablo.

mas que dias de ventura
y de paz? ¿Nos atormenta
la ambicion, ó la codicia
de ser ricos? bueno fuera
que nos dexáras: no, Pablo,
vive con tu hermana, y sea
su sustento tu trabajo.

Mirando á su madre.

¿Mas qué lágrimas son esas?

Latur. ¡Su sustento tu trabajo! *Aparte.*
Hija mia, abraza, besa
á tu madre. *Pab.* ¿Tambien vos
llorais? *Marg.* Son muchas mis penas.

Virg. Amigo mio, para siempre
renunciemos otras nuevas
caminatas y paseos:
ya has visto quántas tristezas,
á nuestras queridas madres
hemos causado con ellas.

SCENA IV.

Los dichos, Domingo y negros.

Dom. Señoritos, no ha quedado
un solo árbol en la huerta,
que la tempestad no haya

derribado: desde aquella
ventana he visto... Señor,
vaya... lo que no quisiera.
ab. ¡Válgame Dios! ¿si en el bosque
de mi Virginia, que era
su mas querido recreo,
habrá deshecho la fresca
enramada que cubria
el baño? *Latur.* Pienso que pueda
al vez haberla librado
le la tempestad, aquella
oca que junto á la mar
n el terreno se eleva:
amos juntos, y si hay daño,
eamos cómo se remedia.
. Vamos, pues: dichosamente
tas hermosas Palmeras,
ie son nuestras dos antiguas
nigas, se ven muy buenas:
nid madre. *Latur.* Sí, querida:

Al paso á Margarita.

tú, Margarita, piensa
rante nuestro paseo
prevenir con prudencia
triste, el tremendo golpe,
al pobre Pablo le espera;

al saber que la partida
de Virginia está resuelta.
Pab. Quedad con Dios, buenos negros.
Negros. El os guarde.

SCENA V.

Domingo y Negros.

Dom. Vamos... Ea.
Tomad estos regalillos,
que mi señorita ordena,
con licencia de su madre,
que os entregue. 1. Estas son cuentas
de abalorio. 2. ¡Ay qué espejo!
¡quál reluce! 3. ¡Unas tixeras!
vaya, que tu señorita
nos regala mucho. *Dom.* Alerta,
apurémos, y á marchar,
Sacando, y dándoles de beber.
ántes que los amos vengan,
y á pura fuerza de brazos
á garrotazos os muelan.
Mirando adentro.
¿El Gobernador aquí?
¿Qué novedad será esta?

SCENA VI.

Los dichos, Monsieur de Burdone, Zavi, y negros que traen una pequeña maleta. Los negros se arrodillan delante del Gobernador, y le besan los extremos del vestido.

Burd. Amigos, muy buenos dias:
decidme, ¿dónde se encuentra
Madama Latur?
Dom. Ahora,
por aliviar sus tristezas,
salió; y si lo mandais,
iré á buscarla.
urd. Quisiera
hablarla.
Dom. ¡Oh! ¡Santos cielos!
¿si nos traerá buenas nuevas?

SCENA VII.

Monsieur de Burdone.

urd. El lustre, y el nacimiento
de esta dama, su miseria,
y tantos buenos informes
como todos me dan de ella,

hacen que en su beneficio
me interese ¡O! si pudiera
hacer el bien que otros muchos
por su complacencia niegan.

SCENA VIII.

Monsieur de Burdone, y Madama Latur.

Latur. Señor, ¿merezco el honor
de veros en la pobreza
de esta casa, triste asilo
de mis desgracias y penas?
Burd. Sí, Madama; la virtud
se ha de amar donde se encuentra.
Perdonadme, si tan tarde
vengo á veros; las urgencias,
y generales asuntos
me distraen y me alejan
de los que por eleccion
en mi corazon debiera
preferir. Tengo una falta
que reparar con vos mesma,
desde que á vuestras desgracias
respondí con aspereza:
pero señora, excusadme;
un Juez en pública audiencia,

por ser el que debe ser,
no es siempre lo que quisiera.
Engañado muchas veces,
á pesar de una severa,
íntegra y fiel intencion,
suele dar á la pervesa
y oculta intriga el favor
que al mérito se reserva.
Vuestra tia, á quien he visto
en Francia otra vez, desea
tener consigo á Virginia;
y para lo qual me ruega,
por la carta que os habrá
ya entregado la estafeta...
atur. Aquí está, señor. ¡Ah, quántas
tristes lágrimas me cuesta!
Mi quebrantada salud,
las prevenciones siniestras
de mi tia contra mí,
una amiga verdadera
que he encontrado, y á quien nunca
abandonaré indiscreta
los horrores mortales
de una soledad funesta:
todos aquestos motivos
no me permiten, ni dexan

emprehender este viage.
Burd. Decís bien; ¿pero no ordena
el interes de Virginia,
el perdon de tanta ofensa?
¿No seríais criminal
en privar á su inocencia,
por débiles sentimientos
de tan crecidas herencias?
Además que vuestra tia,
estando con las primeras
familias emparentada
allá en la Corte, por fuerza
ha ganado el tribunal:
sus órdenes son expresas,
para que Virginia parta.
Latur. La autoridad, ni la fuerza,
¿qué son contra los derechos
que ha dado naturaleza
á una madre? *Burd.* Sin embargo,
el tribunal no me dexa
arbitrio en su último aviso,
estrechándome á que exerza
mi poder y autoridad,
en el caso que se advierta
repugnancia en vos: mas yo,
imposible de exercerla,

sino para hacer dichosos
á los habitantes de esta
Colonia, espero de vos,
atento á vuestra prudencia,
el sacrificio de algunos
pocos años; de manera,
que la suerte de Virginia,
pende de esta corta ausencia.
itur. Convengo que en mi pais
yendo yo, tal vez pudiera
encontrar mi patrimonio,
y gozar de las riquezas
que por derecho me tocan;
pero una paz verdadera,
a dicha y la soledad
on mas preciosas que ellas.
Una amiga, y un buen hijo
alen bien quanto pudiera
sperar: y el jóven Pablo...
rd. Os entiendo; la experiencia
n el mundo me ha enseñado
os clases de hombres: la primera
; de unos entes inútiles,
ue insultan con una necia
soberbia presuncion
das las artes; desprecian

al artesano, y no hay otras
virtudes sobre la tierra
para estas débiles almas,
que ociosidad y pereza;
abomino de estos monstruos,
los desprecio, y su presencia
me incomoda. La segunda,
es de aquellos que fomentan
con su industria el patriotismo,
su utilidad y la agena.
He nacido el protector
de estos hombres que no esperan
de otros que de sí mismos
su fortuna y sus riquezas.
El jóven Pablo merece,
segun las luces que muestra,
ser uno de los que yo
por obligacion proteja.
Bien sé todos los servicios
que os ha hecho: sé que estas
posesiones son su obra,
y sus méritos me empeñan,
y me facilitan hoy
la dichosa conveniencia,
que en la presente ocasion
le prepáro... Una pequeña

flota que envio á las Indias
con géneros, nos presenta
la suerte de colocarle
con utilidades ciertas.
Quanto á Virginia, si vos
no podeis hacer con ella
este viage, dignaos
confiármela: respeta
mi carácter la virtud,
sé venerar la inocencia.
¿Quién es el malvado á quien
el candor no le interesa?
ttur. La perspectiva agradable
de su dicha, la alhagüeña
idea que me presentais
le generosidad, da fuerzas
á mi razon abatida
contra el amor y terneza
le mi corazon. Conozco
que la obligacion primera
le una madre es padecer,
ufrir, llorar como puede
us dolores, á sus hijos
umentarles conveniencias.
ré á decirle á Virginia
u destino; haré que venga

nuestro Pastor; sus razones
fortalecerán la tierna
sensibilidad de su
alma... pero aquí se acerca.

Burd. Habladla vos, y entregadla
en nombre de su parienta,
las preciosas mercancías
que contiene esta maleta:
tambien es suyo este saco
de piastras, que quisiera
para mayor gusto suyo
que de vos las recibiera.
Entretanto pasaré,
(si me concedeis licencia)
á visitar los plantíos,
y registrar todas estas
posesiones ántes de
embarcarme; y ya cierta
Virginia de su viage,
volveré esta tarde mesma
á reclamar el tesoro
que en depósito me entrega
vuestra bondad, y al instante
nos harémos á la vela.
A Dios, madama... Quedad, *Deteniéndo*
no, no gusto de etiquetas.

Estos Colonos me tienen
como á su amigo, y se precian
de mirarme como á un padre:
por favor de esta manera,
os pido que me trateis.

SCENA IX.

Madama Latur, y despues Virginia, el Pastor de la isla, y una Isleña

Latur. ¡Dios mio, dadme resistencia...!
separarnos... ¡Ah! hija mia,
tu bien estar, una cierta
esperanza de tu dicha,
el peso de mi pobreza...
No debo balancear:
todo, todo me lo ordena.
Ahora Virg. Madre mia, hemos andado
el cercado, el bosque, y quedo
muy satisfecha de que
la nube no nos ha hecho
daños muy considerables:
unos arbustos pequeños,
que hemos visto derribados,
presumo que en poco tiempo
volverá Pablo á plantarlos...

Y bien, ¿qué llantos son estos?
Ved que os traigo aquí el Pastor,
que viene segun entiendo
á consolaros; jamas,
mi querida madre, pienso
dexar vuestro amable lado:
nunca partiré. *Latur.* ¡Ah! Cielos,
nunca partirá: Pastor... *Al Pastor.*
él ha llegado á buen tiempo. *Ap.*
Past. Como la mañana ha sido
tempestuosa, he resuelto
venir á saber de vos.
Isl. Y yo tambien, atendiendo
á que por buena vecina
esta obligacion os debo.
Latur. Vecina mia, lo estimo,
y vuestro cuidado aprecio.
Past. La agitacion con que andube
todo el camino por veros,
me ha rendido... estoy cansado;
no me tengais por grosero,
si busco donde apoyarme.
Virginia le lleva de baxo de un árbol.
Virg. Aquí, padre mio, al fresco
os podeis sentar...

Reparando en la maleta.

¡Jesus!

¿De quién, madre, es todo esto?

atur. Tuyo, hija mia. *Virg.* ¿Pues cómo?

atur. Es regalo que te ha hecho
nuestra tia, que está en Francia.

irg. ¿Nuestra tia...? ¿ya me acuerdo,
aquella de quien me habeis
hablado otras veces? ¡Bueno!
¿Con qué tanto os quiere ya?

atur. Y muestra grandes deseos
de verte: exâmina lo que
la maleta tiene dentro.

rg. ¡Ah! hermosas muselinas,
blondas, bellos pañuelos,
mucha plata... ¡Ay madre mia!
teniendo yo todo esto,
nada os puede ya faltar.

Acercándose al Pastor, y echándole unas monedas en el sombrero.

Pastor, demos por supuesto,
que infinitos desgraciados
stan sin ningun consuelo
n la isla; ya soy rica,
on que desde hoy tratemos
e que todos sean felices.

He aquí, partid entre ellos
estas monedas que os doy,
y á los que encontráreis luego,
enviádmelos al punto:
¿entendeis?

Past. Os lo prometo.
¡Qué alma tan santa! *Isl.* Virginia,
nunca ha llegado al extremo
como ahora mi desgracia.

Virg. ¿Puedo yo darte consuelo?
Dime, ¿qué te ha sucedido?
Habla, no tengas rezelo.

Isl. Sí haré, si puede el rubor
dexarme algunos alientos.
Bien sabeis que por la muerte
de mis padres, me mantengo
de mi trabajo; ignorada
de todos vivo en un cierto
retiro, pero feliz;
á nadie en el mundo tengo
de quien pueda prometerme
en la vejez mi sustento,
mas que un jóven virtuoso.
A éste le hice juramento
de ser su esposa; mas como
necesitamos primero

para los gastos de boda
dinero que no tenemos,
pues es pobre como yo...
irg. Está muy bien... ya te entiendo;
consuélate, ¿pues no ves
que con mis riquezas puedo
remediarte? Toma, toma:
anda, y busca en el momento
Dándole unas monedas.
á tu amante; ya sois ricos,
casaos; pero os advierto
que hagais bien á todos siempre:
ved que porque hoy con un negro
uve piedad, Dios hoy mismo
ne da caudales inmensos.
Señorita, voy volando:
lma venturosa, el cielo
e llene de beneficios
an grandes, como el que has hecho.

SCENA X.

Madama Latur, el Pastor y Virginia.

ur. Ya ves el bien que tú tia
e proporciona; en extremo
ebes estarla obligada,
ues te facilita medios

de que siendo tú dichosa,
puedas á muchos hacerlos.
Virg. Doy á su bondad mil gracias,
y la bendigo supuesto
que por mis regalos hoy
tengo mucho que ofreceros.
La amo tanto... que le diera
mil abrazos, y mil besos,
y de tan buen corazon
como á vos.
Latur. Pues segun eso,
¿sentirias poderla ver?
Virg. Mi fiel reconocimiento
me dice aquí lo contrario;
lo estimaria.
Latur. Me alegro... *Con viveza*
Muy bien... pues ruega al Pastor
el que nos lea ese pliego:
yo nunca tendria valor
para por mí misma hacerlo. *Ap.*
Virginia toma la carta.
Virg. Con mucho gusto. Haced gracia. *Al Pa*
Esta es á lo que entiendo
la carta de que hablé á Pablo... *Ap.*
en la pradera: veremos
qué contiene. Madre mia:

todo lo mejor, aquello
que querais de la maleta,
tomadlo al punto, supuesto
que si á mí me pertenece,
debe por fuerza ser vuestro.

Va al Pastor, y le da la carta.

atur. ¡Qué vas á saber, Virginia!
Prepara tu tierno pecho *Ap.*
á la mayor afliccion.

rg. Leed, que las dos atendemos.

Pastor lee. "*Sobrina: La verdad y circunstancia con que Mr. de Burdone me ha hablado de tus desgracias, y el tierno interes que tu hija me inspira, han enternecido mi corazon injustamente irritado contra tí. Deseo reparar los males que te he causado, empleando mis facultades para hacerte dichosa.*"

Virginia acercándose á su madre.

g. ¿Lo entendeis? ¿lo habeis oído?
le hacerte dichosa; esto
a bien. ¡O! qué venturosas
emos de ser. *Latur.* ¡Santos cielos! *Ap.*

El Pastor continúa.

Deseo tener á Virginia en mi compañía; mi corazon la llama, y todos mis bienes la esperan: fiadla á Mr. de Burdone..."

Virginia arranca la carta de las manos del Pastor.

Virg. ¡Abandonar esta tierra...!
¡partir á Francia! ¿qué es esto?
madre mia... *Latur.* Y bien, Virginia...
Virg. ¿Habeis leído el funesto
contenido de esta carta
ántes de dármela? pienso
que no. *Latur.* Virginia... *Virg.* ¿Sabeis
lo que propone...? ¿el intento
de esta tia...? ¿lo sabeis?
no es posible... ¿pues qué tengo
que envidiar en este mundo
con mi madre? ¿Los proyectos
del placer y de la dicha
merecen que sean deshechos
por los del oro? ¿Qué importa
una tia que del seno
de su abundancia os arroja?
Madre mia, mis contentos
son asistiros, amaros.
Las riquezas... ¿qué se han hecho
los que enmedio de ellas nadan?
aborrecidos... Desprecio
este metal, que hace á unos
malvados, á otros protervos,

y á mí desgraciada, ántes
de poseerle.
Latur. Bien veo
tus razones; no conoces
el dolor y el sentimiento
que me cuesta separarme
de tí; mas con todo eso,
quedándose aquí tu hermano
y mi amiga, te prometo
que no seré desgraciada;
piensa tú en lo venidero.
¿Qué serías si yo faltára?
Pablo y tú estariais expuestos
á cultivar estos campos,
ó á vender por un vil precio
de entrambos la libertad.
¡Qué ideas tan tristes!
rg. El cielo
nos condena á trabajar;
por vos bendigo y venero,
como me habeis enseñado,
ada dia sus decretos;
nadie Dios abandona:
demás, tanto dinero
no podia sernos bastante?
qué nos falta? *Latur.* Ten por cierto

que ésta no es separacion;
es viage. *Virg.* Es el primero,
madre mia. *Latur.* Considera,
para aumentar tus consuelos,
los justos motivos que
deben reducirte á hacerlo;
tu propio interes; el mio;
el de Pablo... *Virg.* ¡Qué tormento!
Latur. El de su madre y de quantos
nos rodean; pues con el tiempo
tu fortuna y tu interes
ha de ser por fuerza el nuestro.
¿Quántos hay que se expatrian
gustosos con el intento
de ir á buscar su fortuna
á las Indias? *Virg.* Podrá haberlos;
pero ya no tendrán madres,
pues á tenerlas...
Latur. Contemplo
tu cariño. Escucha. Aquí
por casualidad tenemos
á nuestro honrado Pastor:
consulta; yo me someto
á lo que diga... Ya habeis *Al Pasto*
la carta leído vos mesmo
de mi tia; no ignorais

sus caudales, y el desprecio
con que hasta aquí me ha mirado;
ved tambien su ofrecimiento,
y las dulces esperanzas
que nos anuncia; ¿podremos
negarnos á sus favores?
Con franqueza.

irg. Decid presto. *Vivamente.*

ast. No. *Virg.* ¡Qué! Vos que encargais tanto,
y con semblante severo
á los niños, el filial
tierno agradecimiento;
vos que siempre me habeis dicho
que ellos hacen el consuelo
y la dicha de sus madres,
abandonarlas... *Past.* Es cierto;
pero la tuya es muy pobre,
y aunque su valor la ha hecho
superior á sus desgracias,
los trabajos con el tiempo
debilitan nuestras fuerzas:
entónces todo el sustento
y la dicha de los padres
es un deber verdadero,
y una obligacion sagrada
de los hijos; y supuesto

que tú puedes...

Virg. Atended,
dexadme hablar un momento:
toda esta plata, este oro
¿no es mio? pues yo lo cedo
á mi madre, y para entónces
nada que temer debemos.

Past. Nunca tendrás suficiente *Con calor.*
para hacer su vejez ménos
dolorosa: ¿y tantos pobres
como en la isla tenemos?
¿Olvidas la obligacion
que hiciste de socorrerlos?
Compara los tristes dias
de tu ausencia con aquellos
que te esperan á la vuelta.
¡Qué placeres, qué contentos
no te anuncia el beneficio
que de tí alcanzarán estos
desgraciados! Si tu madre
y tu hermano no teniendo
entónces mas que luchar
con el infortunio; el tierno
niño á tu corazon
las desgracias ofreciendo
de una madre, bien seguro

de alcanzar de tí el remedio.
¡Ah, Virginia! los encantos,
los bienes que me prometo
de tu vuelta repondrán
los males en breve tiempo
que te causen en tu ausencia
las penas del sufrimiento.
Virg. Está muy bien, madre mia,
partiré... ya lo he resuelto...
¡cómo habeis adivinado
todo el poder de los medios
de reducirme!... y en fin,
si no hay otro remedio,
¿no vendrá Pablo conmigo?
Past. ¿Y quién en su desconsuelo
acompañará á tu madre?
Virg. Teneis razon... á lo ménos *Llorando.*
sepa la resolucion
que el interes verdadero
de nuestras madres, y el suyo,
me han hecho abrazar; bien veo... *Al Pastor.*
en vuestras sábias razones
la prudencia, y todo el zelo
de la virtud; ella sea
en tan crueles sentimientos,
como para mí, mi apoyo;

para Pablo su consuelo.
¡O! él hará como Virginia;
se resignará... sí... pero
habrá menester bastante
de vuestros dulces consejos
y amistad.

Latur. Sí, hija mia,
voy á buscarle con nuestro
Pastor... Virginia, valor.

SCENA XI.

Virginia.

Virg. ¡Qué será de mí por esos
mares que tanto he temido!
¡Quién animará mi aliento
en las crueles tempestades
que se levanten...! ¡Ah! léjos
de mis adoradas madres,
sin auxîlio, sin consuelo
de mi hermano, ¡quántos males,
quántos peligros espero! *Vase.*

SCENA XII.

Zavi y Domingo.

Dom. Animo, amigo Zavi:
nuestros generosos pechos
no cometen la baxeza
de rendirse al sentimiento.
Zavi. Si tú (como yo) dexáras
tu muger é hijos expuestos...
Dom. ¿Qué hijos, ni qué muger?
¿pues qué los negros tenemos
bienes de que disponer?
No, señor: estemos ciertos
que hasta el Sol que nos alumbra,
no sale para los negros.
¿Ignoras que hemos nacido
animales imperfectos,
destinados á que el blanco
nos pula el entendimiento
á garrotazos? Sí, amigo;
para ser hombres debemos
ser esclavos, azotados,
expatriados, traspuestos...
azotados... Sí, señor:
ola, y cuenta con esto.

Zavi. Es verdad; en la impotencia
de hallar remedio debemos
conformarnos, y esperar
que un Dios poderoso y recto
nos vengue á todos. ¡Mortales!
Almas fieras, si estos hierros
son la suma de la grande
civilizacion, que necios
en vuestro orgulloso estado
quereis persuadir, detesto
vuestro luxo: mi pobreza
vale mas, y cuesta ménos.
¡Dichoso el mas ignorado!

SCENA XIII.

Domingo, Zavi, y la Isleña.

Isl. ¿Así, Domingo, te encuentro,
quando se hallan tus dos amas
en el mayor sentimiento,
por el viage que estan
de Virginia disponiendo?
Dom. Muger, si yo no sé nada.
¿Es esto verdad?
Isl. Muy cierto.
Hoy mismo se va á embarcar;

todo lo dexa dispuesto
ya nuestro Gobernador,
con quien marcha.
om. Segun eso,
para Europa es el viage.
l. Cabal.
avi. Sí, no lo dudemos:
mi señor acaba ahora
de decirlo, á cuyo efecto
me mandó que aquí aguardára.
om. Pues señores, esto es hecho:
si Virginia parte, quanto
hay en casa cae al suelo.
Todo lo que trabajaba
conmigo Pablo en el huerto,
ra porque no faltára
su Virginia el sustento;
on que si ella se nos va,
Pablo (como lo creo)
e abandona, y no hace nada,
Dios, establecimientos,
Dios, mis pobres señoras,
Dios, Domingo, supuesto
ue ya no tenemos nada
bre que caernos muertos.
oy á ver á mis señoras.

Isl. Yo tambien, por si podemos
entre todos consolarlas.
Zavi. ¡Ah! Virginia, te prometo
sirviéndote como esclavo,
pagarte lo que te debo.
Dom. Este viage cruel, á alguno
le ha de costar el pellejo.

SCENA XIV.

Pablo y Virginia.

Pab. ¿Es verdad? ¿me han engañado? *Con viv*
¿cómo podia ser esto? *cidad*
¿Partir Virginia sin Pablo?
Virg. Sí, hermano... ya está resuelto. *Lloran*
Pab. ¿Qué me dices... dilo todo,
no me ocultes nada: ¿puedo
creerlo? *Virg.* Querido Pablo,
los buenos hijos debemos
obedecer á las madres.
Pab. Tú dexarnos... ¡qué tormento!
¡A tu familia, á tu hermano!
¿y por quién? por un objeto
á quien tú jamas has visto.
Virg. Bien quisiera todo el resto
pasar aquí de mis dias:

no han querido... conformémonos;
el Gobernador, mi madre,
mi tia, el Pastor mesmo...
todos, todos, me lo ordenan.
ab. Y vé aquí los verdaderos
motivos de tu partida:
nada te detiene; pero
para ser dichosa, ¿á dónde
quieres ir? ¿Dime, á qué Reyno,
ó á qué tierra llegarás,
que hagan de tí mas aprecio
que aquella donde has nacido?
¿Cómo podrás vivir léjos
de los brazos de tu madre,
y de sus amables besos?
g. ¡Eh! amigo mio, ¿has llegado
pensar que todo eso
o me lo he dicho á mi misma?
Crees tú el corazon sincero
e Virginia acorde con
ste viage funesto?
nsensato, no... no has visto
s lágrimas, los lamentos
ue ya tengo derramadas.
. No hablaré de mis tormentos:
ero qué será de mí,

quando por nuestro aposento
no sienta tus pasos? ¿quando
llegue la tarde sin vernos?...
¿quando anunciada la aurora,
por el canto lisonjero
de los bengalis, no escuche
tu voz, cuyo dulce acento
me hacia aborrecer su canto?...
¿quando estas flores, el centro
perfumen de todo el bosque,
sin yo respirar tu aliento
mas suave que ellas mismas?
y en fin quando vea estos *Mas vivamente*
registros de nuestros años,
estas palmeras, eternos *Señalándola*
monumentos que señalan
el dia del nacimiento
de entrambos; por la fiel mano
plantadas de nuestro negro,
y crecen con nuestro amor.

Viginia echa una dolorosa mirada á las palmeras.

Virg. Pablo mio... *Pab.* No serán ellos
testigos de mi dolor;
hoy han de morir, supuesto
que mueren mis esperanzas:

el tuyo, cruel, á lo ménos
no debe darme mas sombra
despues que te ausentes.
ablo va precipitado á arrancar las Palmeras,
y Virginia corre á detenerle.
irg. Cielos;
Pablo, Pablo, hermano mio,
yo volveré... nos veremos
juntos otra vez los quatro.
Pobre Virginia... ¡qué es esto!
Tapándose la cara con las manos.
b. ¡Ah! no me ocultes esas lágrimas,
que es yá solo el bien que tengo.
g. Tuyas son, querido hermano,
y por tí es por quien dexo
estas tierras... sí... por tí,
quien he visto en el peso
el dia, baxo el trabajo,
ufrir del Sol los excesos
or sustentar nuestras madres;
si ahora, Pablo, me presto
la ocasion de ser rica,
solo (te lo prometo)
ara pagarte mil veces
l bien que tú nos has hecho.
Si yo hubiera de escogerme

un esposo, un dulce dueño,
pudiera nunca pensar
mas que en Pablo...? ¡error funesto!
Tuyos son mis tristes dias:
tuyo este llanto que vierto...
Mi abrasado corazon,
á volar está dispuesto
hácia el tuyo; mas quisiera
que me ayudáras tú mesmo
á separarme de mí...
¡Ah! jóven sin virtud... puedo
resistir á tus caricias,
y mi corazon no es dueño
de sostener tu dolor...
piensa lo que quieras, presto
te verás obedecido;
pero... no hermano... esperémos
á otros tiempos mas dichosos,
en que bendigan los cielos
nuestra union. Cúlpame ahora.

Pab. ¿Qué será de mí? ¿á qué extremo
llegaré si me abandonas?

Virg. Y dime, hermano, ¿qué puedo
hacer para consolarte?

Pab. ¿Qué puedes hacer? supuesto *Con pre-*
que aspiras á mejor suerte, *tacio-*

y que buscas otros Reynos
distantes de tu pais
natal, otros consuelos
que los que aquí te ofrecia
con mi trabajo, á lo ménos,
déxame que te acompañe
al navío; sí, te ofrezco
consolarte en las tormentas,
que tanto temor y miedo
te daban en nuestra isla:
sostendré allí con mi pecho
tu cabeza en tus desmayos,
fomentaré con el fuego
de mi corazon el tuyo,
desmayado, helado y yerto
enmedio de los peligros;
allá en Francia, adonde entiendo,
que vas á buscar fortuna
grandeza, muy contento
te iré sirviendo de esclavo.
Dichoso, y muy satisfecho
por tus dichas y venturas,
el palacio soberbio
donde te veré servida
adorada, te prometo
bastante noble y rico,

para hacerte el mas sincero
y costoso sacrificio,
muriendo á tus pies, ¿qué puedo
hacer mas por una ingrata?

Virg. ¿Tú mi esclavo? ¡Ah! ¡qué léjos
que está tu desesperacion
de conocerme!... qué presto...
¡qué presto me has olvidado!
Te amó Virginia: en su pecho
gravó el nombre de su hermano
con caractéres de fuego.
¿Quieres con tan vil idea,
borrar estos tristes restos
de un amor tan desgraciado?
No, querido, eres el dueño,
el amigo, y mas que hermano
de Virginia; mis proyectos
de felicidad te tocan;
quédate á ser el consuelo
de nuestras madres, confia...

Pab. ¿Consolarlas yo? ¿qué puedo
hacer en mis desventuras?
llorar y gemir, á exemplo
de aquel bengali, que el agua
de la tormenta ha desecho
su nido, y sobre el peñasco,

con enternecidos ecos,
se queja de haber perdido
para siempre á sus hijuelos.
Virg. Todo perece; traxiste
páxaros, y los ha muerto
la tempestad: plantaste
un jardin, y se ha desecho:
nos hemos criado juntos,
y nos sepáran: el cielo
solamente no se muda:
todo muere con el tiempo.
Pab. ¡Qué no tenga alguna cosa
singular que darte! pero
nada poseo en el mundo.
Virg. ¿No llevas contigo al cuello
un retrato de San Pablo?
Pablo con prontitud sacándolo del cuello.
Pab. Tómale.
Virginia poniéndole en el suyo.
Virg. Pues quede puesto
en el mio, para no
olvidar jamas que llevo
el solo bien que mi hermano
tiene en todo el universo.
Pieza de leva.

SCENA IV.

Pablo, Virginia, Margarita, Latur, la Isleña, y el Pastor.

Pab. ¿Has oído? ya te llaman, *Como fuera de s*
ved aquí nuestro tormento, *A las madres.*
su desesperacion, la mia...
partiré... sí... no hay remedio:
con ella me embarcaré.
¿Quién se opondrá á mis intentos?
Marg. ¿Así nos quieres dexar?
¿sin tí, Pablo, que serémos?
Latur. Hijo mio. *Pab.* ¡Vos mi madre!
¡vos!... ¡que causais el despecho,
y la desesperacion
de dos hermanos! ¿No hemos
de vos aprendido á amarnos?
¿Quántas veces en el seno,
en vuestros brazos oisteis
nuestros sinceros afectos?
¿Y ahora la aléjais de mí?
La enviais á otro emisferio,
á Francia, á este cruel pais,
que ha podido en otro tiempo
negaros un pobre asilo,

y á casa de unos severos
parientes, que han insultado
vuestro estado triste... pero

Con fuego, acercándose á Virginia.

he resuelto acompañarla;
si el Gobernador mi intento
me prohibe, ¿tardaré
en arrojarme ligero
á la mar? ¿y miéntras llega
en animar mi corto aliento?
¿no la seguiré nadando?
¿y podré dexar de hacerlo,
quando es mi amada Virginia
mis riquezas, mi consuelo,
mis placeres, mi alegría,
y todos mis embelesos?
Pero vos, bárbara madre,
¿qué sois de ella mas que un fiero
verdugo que despedaza
su corazon? ¿un veneno
que fermenta ahora en sus venas,
para emponzoñar los bellos
dias de su juventud?

arg. ¡Querido Pablo, á qué extremo
te conduce tu dolor!
¿así faltas al respeto

de mi amiga, y de la madre
de Virginia? ¿qué se ha hecho
tu moderacion, tu trato
apacible, y dócil genio?
Pab. Todo huyó de mí con ella:
las furias con que los vientos
precipitan los vaxeles
á un pesñasco: los tremendos
horrores con que la nube
prepára en su negro seno
el rayo que ha de abrasar
al mísero pasagero,
entran en mi corazon
desde hoy: nada tengo
ya que temer y esperar;
¡por tí, madre cruel, deseo
mi muerte, y la de mi hermana;
puedan las olas trayéndoos
mi cuerpo al suyo abrazado
á la orilla, daros presto
por la muerte de dos hijos
un eterno monumento
de dolor y de amargura!
puedan... ¡Ah! *Llamada con el tamb*
¡Triste momento!

SCENA ULTIMA.

os dichos, Mr. de Burdone, Marineros, Zavi
Negros por un lado, y por el otro Domingo,
la Isleña y habitantes.

urd. Señoras, todo está pronto:
y (á lo que parece) el viento
se afirma, solo nos resta
hacer vela al punto mesmo
que vamos á bordo... Dad,
amada Virginia, el beso
á madre de despedida,
y partamos. *Virginia llora.*
tur. ¡Santos cielos!
g. Está muy bien...
m. ¿Qué será
le nuestro establecimiento
in Virginia?
g. Madre mia,
endecidme, y al momento
evadme al bote.
rrodilla delante de su madre, y se acercan
los Marineros.

Pablo se pone delante de ella para impedir q
la lleven, y entretanto la levanta del su
Madama Latur, y la abraza
con dolor y ternura.

Pab. Inhumanos,
no me insulteis en mi acervo
dolor; dexadme... dexadme
el solo bien que poseo.
Vedla aquí... mirad sus lágrimas...
¡Ah! Zavi, une tus ruegos
á su llanto: ella fué
tu bienhechora; lloremos,
lloremos juntos. Señor, *Al Gobernad*
Virginia está bien; yo puedo
mantenerla: ¿no me veis
robusto y jóven? ¿qué aprecio
puede hacer de unas riquezas
su moderacion...? dexemos
que las ignore: ¿sin ellas
no hemos vivido contentos
hasta aquí? Decid: ¿quereis
que este manantial funesto
de delitos la pervierta,
por tantos malos exemplos
de una corte corrompida,
donde la llevais...? Primero

que la arranqueis de mis brazos,
consentiré que del pecho *A los Marineros.*
salga mi último suspiro...
Sabed que yo la defiendo,
aun á costa de mi vida.
No partirás, embeleso *A Virginia.*
de mi corazon, sensible
criatura, el ornamento
de esta isla. Sí, tu hermano,
por salvarte, está resuelto
morir.
El Gobernador acercándose á Margarita.
rd. Esta vehemencia
puede causar en su pecho
muchos males: retiradle.
Pablo... amigo: queda cierto *A Pablo.*
que volverá... y virtuosa,
entro de muy breve tiempo.
onfiadmela... Zavi, *Se acerca Zavi.*
yo tambien, cuidarémos
asistirla en el viage:
dos, todos pensaremos
su regalo, en su alivio,
comodidad.
Si puedo
editaros la fé

y el íntimo sentimiento
que me causan vuestros máles:
yo, señorito, os prometo
arriesgarme en los peligros
por su salud; ser perpétuo
atalaya de su vida,
y velar hasta en su sueño.

Coro.

Si es preciso este viage,
y que Virginia se ausente,
vaya á Europa prontamente
y volvedla por acá.

Un marinero la saca de los brazos de Pa
miéntras los habitantes detienen á Madama
Latur y á Margarita: Pablo es detenido
el Pastor y Domingo. Durante el Coro,
biendo pasado Virginia la puerta del jard
se escapa, y corre á Pablo gritando.

Virg. Pablo, Pablo, hermano mio,
oye los votos postreros
de Virginia, y oigan todos
mi voluntad: yo te ofrezco
por los placeres sencillos
de nuestros años primeros,

por nuestros males, por todo
lo que puede unir dos pechos
desgraciados, de vivir
por tí solo, si me quedo;
y si parto, de volver
á ser tu amor, tu embeleso.
Sed testigos quantos visteis
mi infancia, todos aquellos
que disponeis de mi vida,
y los que veis mis lamentos.
Sed testigos, que lo juro
por los cielos que estan viendo
mi dolor, por estos mares
que he de atravesar, por estos
ayres que respiro, y que
nunca he manchado mintiendo.
Sí, mi hermano, no lo dudes:
he aquí en mi mismo pecho
el altar en donde guardo
tu corazon; sus alientos
hasta mi último suspiro
suyos serán, verdadero
dolo de mis venturas,
l solo mortal que el cielo
a destinado á Virginia.
reeme, Pablo, si un momento

tu hermana de tí se olvida,
muera criminal, y al seno
del sepulcro le acompañen
tu maldicion y el desprecio
de mi madre. ¡Ah! perezca
tu indigna hermana, primero
que dexe de amar á Pablo.
¿Qué me sucede? ¿qué es esto?

Pablo vivamente.

Pab. Nadie le llegue... ninguno.
Past. ¿Y eres tú el digno objeto *Forzándol*
de la amistad de Virginia? *á salir*
Desgraciado, no lo creo.
¿No la ves gemir, ingrato,
oprimida baxo el peso
del dolor? ¿Quieres perderla
á tu vista, en el momento
herida por el puñal
de tu inútil sentimiento?
Huye, parte, ven conmigo;
ántes que un vano lamento
te quite hasta la esperanza
de verla en mejores tiempos.

El Pastor tira de Pablo, que ayudado de l
mingo, puede llevarle.

Virg. Querido Pablo, estos crueles

nos separan. *Latur.* Hija... *Virg.* Cielos...
or el lado opuesto Mr. de Burdone, Zavi,
ldados y Marineros llevan á Virginia; y
ando va á perderse de vista, pone su pa-
ñuelo en los ojos, lo empapa en lágrimas,
y lo arroja á su madre.
rg. A Dios, madre mia, á Dios.
tur va al pañuelo de su hija, se cubre con
la cara, y hace extremos de dolor: de esta
suerte es llevada por Margarita,
y coro que canta.

Coro.

Buen viage, buen viage,
buen pasage, buen pasage,
y á embarcar el equipage
vamos todos hácia el mar.

ACTO TERCERO.

Bosque, y á un lado una roca eminente, á cu
pie baten las olas de la mar.

SCENA PRIMERA.

Pablo mirando adentro, y despues el Pastor

Pab. ¿Qué me pedís, inocentes
avecillas? ya os he visto
tomar de sus mismas manos
el grano con vuestro pico.
¡Quántas veces, quántas veces
desde este peñasco mismo
le quitabais de la mano
las migas de pan, y al nido
pasaban para sustento
de los pequeñuelos hijos!
En torno de ella mil vueltas,
mas ligeros que los finos
cefiros, con algazára
volabais, ciertos indicios
de vuestro agradecimiento.
No la veréis mas conmigo
acompañar vuestros cantos,

ni incitaros á los trinos,
que su voz encantadora
os enseñaba: ¡queridos
momentos de mis glorias,
dulces placeres, mas vivos
quanto es ménos la esperanza...!
Grata ilusion, en los brillos,
en las hermosas pinturas
de tus pinceles imprimo
mi ardiente imaginacion.
Hombre infeliz, que en el mísero
mperio de las ficciones
s donde puedes tranquilo
nandar y gozar, no exîste
n humano regocijo,
na posesion, un bien
ue el tiempo con su dominio
o te arrebate. Virtud,
nta virtud, sed mi asilo.

SCENA II.

ablo, el Pastor, Domingo y la Isleña.

. Amigo, todos venimos
acompañarte.
¡Ah, Virginia!

tu madre, tu madre cruel
te ha separado.

Past. ¿Y podia
sin un conocido daño
remediarlo?

Dom. Esta partida
le ha de costar al muchacho
lo que nadie se imagina.

Pab. Ella sola era bastante
á mi corazon: ¿qué dicha
mayor, que estarla mirando
á mi lado cada dia?
Y tal vez un dulce lazo
en algun tiempo uniria
el amor con la amistad.
Vanos proyectos... impías
memorias, abandonadme.
¡Ah! Querida hermana mia,
te adoro, y por tí detesto
esta mortífera isla.

Past. ¿La amas? Pues goza hijo
del placer, de la delicia
de amarla. La triste imágen
de un amor sin energía,
satisfecho ó apagado,
desagrada ó mortifica

á un corazon mucho mas
que un amor que la desdicha
pudo hacer desventurado.
Si el cariño que fastidia,
á fuerza de poseerle
es peor que la perdida
esperanza del amante,
yo siempre preferiria
mar ausente al temor
le amar ménos algun dia,
ansado de un solo objeto
iempre presente á mi vista
. ¿Pablo no amar á su hermana?
rror: siempre la amaria.
t. El grande arte de gozar
consistido en contínuas
ivaciones. Deseamos
ra poseer. ¿No imaginas
e el estar siempre contento
aga el placer? Sí... arruina
gozo estable las fuerzas,
e una pasion necesita
a su accion. Lo repito:
s vale que la delicia
un puro amor dure ausente,
no que se apague, ó gima

envilecido en el seno
del placer, ó de la dicha.
Isl. Las vecinas, muy gustosas,
vendremos todos los dias
á visitaros en nombre
de vuestra hermana, y mi amiga.
No os aflijais... volverá,
volverá; porque ella misma
me lo prometió mil veces
llorando á su despedida;
y cuenta que de sus labios
jamas salió una mentira.
Pab. He perdido en un momento
el solo bien de mi vida.
Past. Tú la volverás á ver
mas virtuosa, mas rica,
mas amante, y... puede ser,
dentro de muy pocos dias.
Pab. Si al ménos le hubiera dado
mis últimas despedidas,
si un amigo cruel... si, cruel
Mirando al Pastor con ternura.
no me hubiera tan aprisa
privado de sus miradas
postreras, me encontraria
mas tranquilo; entónces, sí,

la hubiera dicho: Virginia,
si en el tiempo que he vivido
en tu amable compañía
pronuncié por ignorancia
alguna palabra ó sílaba,
que te haya desagradado,
ya que el hado me destina
á perderte para siempre;
dime querida Virginia:
¿me perdonas? Y supuesto
que una suerte cruel é impía
me condena á no mas verte,
á Dios querida Virginia...
á Dios para siempre, hermana:
vive, vive; y sean tus dias,
dichosos léjos de Pablo.

Al Pastor, á la Isleña y á Domingo.

¿Llorais, padre? ¿Y vos la amiga,
y su confidenta y ayo,
llorais...? no me maravilla.
Virginia nos dexó á todos.

ast. Sí nos dexó: ¿mas podia
faltar á su obligacion?
Espera su vuelta, aníma
tu esperanza, no dudemos
que volverá en pocos dias.

Pab. ¿En pocos dias...? ¿y va
al fin del mundo? ¡Ah, Virginia!
Si yo hubiera adivinado
tu cruel desgracia y la mia,
nunca hubiéramos dexado
aquella mansion tranquila
y selvage esta mañana
en que estuvimos: ¿no habia
una fuente, una palmera?
¿pues qué otra cosa podia
faltarme allí con mi hermana?
Mas decidme: ¿repetidas
veces no me habeis contado
que con oro se adquirian
dignidades en Europa?
Pues haré viage á las Indias,
me enriqueceré en Bengala,
é iré á buscar á Virginia
para casarme con ella.
Dom. ¡Ay señor! ¿y qué sería
de nosotros, de Madama
Latur, esta pobrecita
que sin vos sentirá mas
el viage de su hija?
Pab. Madama Latur no es ya
nada para mí.

Past. Pues mira
la amargura, el sentimiento
que á tu madre causarias
con tu ausencia.
Pab. Es verdad:
bien sé que no dexaria
mi madre partir á Pablo.
Es muy buena... Madre mia,
por vos me quedo... y decid
ya que mi hermana querida
se embarca (porque lo quiere
así su madre) algun dia
¿pensará en volver á verme?
ast. No lo dudemos, Virginia
ama la primera vez;
y estos amores se fixan
en un corazon sensible,
y duran toda la vida.
ab. ¿Con que volverá á su patria *Con transporte.*
sin olvidarnos? ¡qué dicha!
hablemos, hablemos mucho
de su llegada á la isla.
ast. Durante todo este tiempo
de su ausencia, en compañía
estudiarémos las ciencias:
yo te serviré de guia,

y te enseñaré á escribir.

Pab. Sí, amigo: ¡ó qué alegría! *Vivamente.*
dadme leccion... empezemos:
haced para que le escriba
mañana mismo una carta.

Past. Tambien te daré noticias,
y te enseñaré á leer
los sabios que en las desdichas
nos dan valor quando todos
los consuelos de la vida
nos abandonan. Un libro
de buena filosofia
es un verdadero amigo.

Pab. ¡Ah! ¿qué necesidad tenia
de leer ni de escribir
quando aquí estaba Virginia?

Dom. Ninguna, pese á los dos,
pues en paseos y vistas,
ellos y yo, en encontrarlos
gastábamos todo el dia.

Pab. ¡Quántas cosas para entónces
tendré por vos aprendidas!
¿quánto tendré que contarla?
Con qué placer, con qué dicha
visitaré este cercado,
su jardin, toda la orilla

de la mar, su amable bosque,
su baño. ¡O! qué dias
tan dichosos pasaré
á su lado... ¡Suerte impía!
Vuelve á su abatimiento.
¡qué léjos van mis consuelos!...
Decid, padre, ¿no valdria *Mas animado.*
nas que fuéramos á Francia?
st. ¿Con qué apoyo, ni qué harias
allándote sin dinero
n un pais que domina
anto el oro, pues por él
olo á los hombres estiman?
b. Puede ser que se encontrase
n señor, que por mi dicha
e quisiera proteger.
t. Si lo encontráras, sería
enester que le sirvieras
su ambicion, ó á las miras
ultas de sus placeres.
en sé que no agradarias
rque no eres rico, y tienes
obidad.

SCENA III.

Los dichos y Margarita.

Pab. ¡Ah, madre mia!
no la busqueis: ya partió.
Isl. ¡Quánto su mal me lastima!
Marg. Querido Pablo, lo veo:
sientes con razon: la vida
está llena de amarguras
en la mas constante dicha.
¿Quién será el que en su carrera
no tuvo sus tristes dias?
Ven, consolarémos juntos
á mi afligida amiga,
Madama de Latur.
Pab. ¿Yo? *Horrorizad*
¿yo verla?... no... no... ¿podia
mi corazon destrozado
consolar aquella misma
que me ha herido mortalmente?
¡En vano se lo imagina!
Si ella rompió mis entrañas,
busque quien en sus desdichas
enxugue sus tristes lágrimas.
Past. Vuelve á casa: las fatigas

agotan tal vez las fuerzas
quando dan en ser contínuas.
ab. ¿Volver á la habitacion
donde siempre con Virginia
estaba? ¿á los sitios donde
jamas la perdia de vista,
á ver el jardin, las flores,
y quanto ella queria?
no, Pastor, no lo espereis:
agar solo determina
ni dolor por estos valles:
sí pasaré la vida
on mi querido Leal,
ue á mi lado por la isla
buscará vanamente.
rg. ¡Infeliz Pablo! tus dichas
uyéron de tí, ¡y las penas
n tu corazon habitan!
. Detestemos estos valles;
xemos estas orillas
nestas y desgraciadas.
ámonos, madre querida,
barquémonos, busquemos
mas escondidos climas
nde trabaje por vos.
g. ¿Qué me dices?... ¿á mi amiga

Con precipitacion.

habíamos de abandonar
en sus males sumergida?
Hijo mio... desconozco
tu corazon... vuelve... mira:
acerquémonos á casa:
vámonos... que se aproxîma
la noche... el cielo todo
se ha cubierto... el ayre silva,
y me parece que anuncian
las nubes...

Pab. ¡Cruel desdicha!
¿Qué anuncian las nubes, madre?
¿Una tormenta...? ¿Y Virginia
está enmedio de esos mares?

Isl. Subamos luego á la cima
de este peñasco, tal vez...

Pab. Es verdad: á la salida
de la luna muchas veces
los nublados se disipan.
¿Desde la altura se vé
mucha mar?

Al Past

Past. Hasta la isla
de Ambar.

Pablo á la Isleña.

Pab. Antes que subamos,
registremos la marina.

Puede ser que el pabellon
del navío de Virginia,
al resplandor de la luna
descubramos; nuestra amiga
pasará el tiempo mirando
stas costas: ¡qué alegría
si por mal tiempo el navío
vuelve al puerto ántes del dia!
irg. Cuida, Domingo, de Pablo,
miéntras busco á mi afligida
ompañera; y consolada
olveré en su compañía.
Venid, Pastor: la prudencia
ue vuestra voz nos inspira,
odrá á ella como á mí
iviar tantas desdichas.
t. Vamos, y quieran los cielos
mplar benignos sus iras.

SCENA IV.

Pablo, la Isleña y Domingo.

a. Quedad, pues, que sin perderos,
as aquel árbol, de vista
edo á esperar á mis amas. *Se oculta.*
No tardemos mas, amiga.

Miremos á todas partes,
por si tal vez se divisa
nuestro baxel... ¡qué tinieblas!
¡qué obscuridad!... ¿qué imaginas
de unas nubes tan cargadas?

Isl. Aunque su color, las libidas
señales en los contornos
de su centro pronostican
(segun á mí me parece)
lluvia abundante, podia...

Pablo interrumpiéndola.

Pab. ¡No mas que lluvia abundante! *Ruido sor*
¿no mas que lluvia? Virginia,
estos ruidos subterráneos:
todas las hojas movidas
de los árboles sin viento:
la precipitada huída
con que al bosque se recogen
páxaros de la marina,
mas desdichas te amenazan
ciertamente.

La Isleña sobresaltada.

Isl. ¿Mas desdichas?
¿quáles son, Pablo... dí?

Pab. ¡Quáles! *Con precipitacion.*
El uracan, esa ruina,

esa plaga del averno,
que á los mares de la India
ha dado Dios en su cólera:
ese rayo que fulmina
con un soplo tantas muertes,
quantas son las tristes vidas
que al paso encuentra... Divina
Omnipotencia, libradla:
ó luz funesta! ¡ó maligna
señal de mis desventuras,
precursora de la impía
catástrofe que pregonas,
suspende tu estrago, mira
inocencia virginal,
erdónala, y luego vibra
ntra mi pecho el volcan
que te has formado! gima
r un castigo del cielo
culpado, no Virginia.
No es tan cierto su peligro:
il veces no se disipan
as nubes quando el viento
un acaso varía?
¡Ay triste de mí! que está,
un los truenos indican,
tro de sí el uracan:

Relámpagos.

Truenos distantes.

temible nos vaticina...
He aquí el trueno mas cercano, *Truena.*
y con él ya se confirman
mis temores... ¿pero qué?
¿en tal caso tardaria
en socorrerla aunque viera
á las olas confundidas
con el cielo?... ¿mas qué es esto?

Ruido sordo y espantoso: los marineros y hab
tantes pasan el foro aturdidos: Pablo se esfue
za para arrojarse al mar, miéntras que la I
leña le detiene con confusion, y con una man
hace señas á Domingo.

Coro.

Clemencia, Dios, clemencia,
mis votos escuchad;
salvadlos por mis ruegos:
eterno Dios, piedad.

Domingo corre, miéntras el Coro, á favor
á Pablo y á ayudar á la Isleña, que al
consiguen detenerle.

Pab. Ve aquí el uracan... no impidas
lo que debo hacer. *Dom.* Señor;
el ruido que atemoriza

á los habitantes es
un terremoto, y sería
desesperacion la vuestra
muy culpable en la precisa
ocasion de conservaros
para auxîliar á Virginia;
sosegaos, y á encender vamos
grandes hogueras, que digan,
si las ven desde el navío,
que lloramos sus desdichas.
ab. Dices bien; vamos al punto:
no me dexes, digna amiga
de mi desgraciada hermana.
V. Ah, inocente y pobre víctima!

SCENA V.

Perspectiva de la mar, en cuya orilla se (*entre otros*) *un peñasco que sobresale por l demas, y desde el qual se ha de precipit Pablo. El foro ha de ser profundo á fin de q pueda balancear un navío, elevarse, romper sumergirse, y al fin desaparecer al estall de un rayo entre las olas, que rebientan en peñascos. Por un lado el Capitan del pue acompañado de soldados que traen hachones cendidos: habitantes repartidos en las emin cias, desde donde arrojan cuerdas y boyas mar: otros preparan toneles en la playa. Por el lado contrario Pablo seguido del Pas de la Isleña, y de Domingo.*

Dom. Lo que he dicho es la verdad:
y si salvarle la vida
quereis, es menester
tenerle siempre á la vista.

Past. Hijo mio, tu triste madre
se queda dando á su amiga
consuelo: ella me encarga
que te acompañe, te siga,
y no te abandone; en tanto

me parece que podrias
unirte á los que trabajan;
así en parte distraías
tu imaginacion, y dabas
en ocasiones tan críticas
auxîlio á la humanidad;
el trabajo es medicina
para los males del alma.
l. ¡O tremendo, ó triste dia
funesto y lóbrego para
quantos esta tierra habitan!
ab. Pues ayudemos, Domingo,
á la tropa: son precisas
en estos lances las fuerzas
de todos. ¡Ah hermana mia!

Pablo y Domingo trabajan.

p. No hay que descuidarse, amigos,
ni perdonemos fatiga:
a noche será terrible
egun nos lo pronostica
a obscuridad de las nubes,
la fuerza con que silva
l viento. Tengo mis miedos
or un baxel, que á la vista
e la costa se descubre.
vos, Pastor, os suplica

mi atencion que os encargueis
de estas obras; dirigidlas
miéntras que yo con la tropa
á lo largo de la orilla
de la mar discurro, por
si acaso se necesitan
en un acontecimiento.

Isl. Desgraciada señorita,
¡quántos males ha probado
desde que empezó á ser rica!

Dom. Por eso bien digo yo,
que mas quiero mis fatigas,
que no los bienes de otros.

Pab. ¡Ay padre!...

Past. ¿Te desanimas?
No, amigo: sigue el trabajo,
que así estará mas tranquila
tu imaginacion; ya ves
que hay mil cosas prevenidas
por si nos piden socorro.

Truenos y relámpagos.

Un habitante sobre un peñasco.

Hab. A lo léjos se divisan
dos navíos: encended
nuevas hogueras, que sirvan
á evitar un choque entre

las olas enfurecidas
con que luchan.

Pab. ¡Ah! ¿qué es esto?
¿habeis oído?... ¡qué desdicha!
¡qué ideas que me rodean!
¿Dos navíos á la vista?
¡ó cielos! ¿qué podré hacer
por mi querida Virginia?

Past. Aun no hay riesgo conocido:
esperemos todavía.

Pab. Separarla de su lado...
¡Ah, madre cruel! ella misma,
como yo, la culpará
en este instante.

ast. Imagina,
y piensa de su virtud
con mas razon, mas justicia:
tu hermana es mas virtuosa,
y perdona compasiva
á su madre.

Relámpagos, cañonazo de socorro.

b. El navío
del Gobernador peligra.

h. ¿De Mr. de Burdone? *Espantado.*

n. ¡Ay mi señora!
¡Ay mi amiga!

Hab. Un mastelero se ha roto. *Cañonazo.*
La scena está solo iluminada del relámpago.
Socorro piden: sus vidas
estan en mucho peligro:
favorecedlos.
Pab. Virginia,
ó he de libertar la tuya,
ó has de ver perder la mia.
El Pastor deteniéndole.
Past. ¿Qué vas á hacer infeliz?
Pab. Mi deber, lo que me inspira
mi obligacion, mi ternura,
el amor, la virtud misma.
No me retardeis, tiranos,
con estériles porfias
el placer de ir á salvarla...
á salvarla... sí... ¿y podia
sin sacarla entre mis brazos
volver á tierra? Virginia:
una cuna hemos tenido,
un solo techo, una misma
leche nos ha alimentado,
una será la desdicha,
ó la ventura de entrambos.
Si está, amigo, decidida *Al Pastor*
la suerte de mi destino,

¿quién será el cruel que la impida?
Del seno de tus abismos,
ondas soberbias y altivas,
he de arrancar á mi hermana:
la he de arrancar... no se humilla
mi amor por tantos furores:
hoy he de burlar tu impía
crueldad, bárbaro elemento,
ó en profunda noche unida,
mi fiel mano con la suya,
celebrará en cristalinas
alcobas, lúgubres lazos,
que en su indignacion destina
el cielo á dos desgraciados.
Hasta sus manes irrita *Trueno formidable.*
el que intente detenerme.
ablo echa una mirada feroz al Pastor. Corre
ombrado á la altura de la roca, y se arroja
con precipitacion ántes de poder
ser detenido.

Coro.

Vanos cariños, superfluos cuidados,
ya ha acabado la muerte sus vidas,
ya no exîsten... lloremos... lloremos:
desgraciado Pablo... ¡Ah, pobre Virginia!

Miéntras el Coro, el Capitan del puerto dis-
tribuye tropas por la playa, y los marinero.
desde las piedras arrojan cuerdas
y toneles.

Se descubre el navío del Gobernador desman-
telado, y quebrantado de la tempestad. Virgini.
está en pie sobre el alcázar de popa asida á un
cuerda con una mano para asegurarse de lo
balances, y con la otra hace señas á los de l
playa, flotando un pañuelo al ayre. Zavi medi
desnudo se pone de rodillas como que quiere
arrancarla del navío para salvarla.

La Scena solo está iluminada de la luz del r
lámpago. Un rayo cae seguido de horroroso tru
no sobre el navío que lo destroza, y cubierto c
una grande ola queda sumergido. A este tien
po se ha precipitado Zavi con Virginia, á p
sar de la resistencia con que procura
defenderse.

La orquesta pinta la tempestad, el silvido
los vientos, el ruido del trueno, los lamentos
los náufragos, y el horror de situacion.

Agitados Domingo, la Isleña y el Pastor p
el suceso de Pablo, andan errantes por el f
hasta la vista del naufragio, que huyen entón
horrorizados, á excepcion del Pastor, el q

spues de un breve desmayo vuelve en sí, y entre sollozos acompañado de la orquesta, dice:

ist. Huid desgraciadas madres
de estos horrorosos sitios.
Los objetos mas amables,
os mas tiernos y queridos,
enmedio de su carrera,
os ha quitado el destino.
Dónde os hallaré?... ¿en dónde
odré daros el aviso
rrible del fin funesto
e vuestros amados hijos?

SCENA VI.

de la isla camino á la playa: por un lado lama Latur y Margarita; por otro Domin- la Isleña atemorizados: despues el Pastor iéndose el rostro con un pañuelo, como que e ocultar su sentimiento. La tempestad ha cesado, y el dia ha recobrado toda su luz.

. ¿Qué es esto, cielos? *Lat.* Domingo...
. ¿Dónde está Pablo? *Lat.* ¿Qué dices?
ba. *Marg.* ¡Pablo!... ¡Dios mio!

Dom. Señoras... *Isl.* El miedo... el susto...
Ahora el Pastor, y á su vista crece la inquietu
de Margarita.

Marg. ¿Pastor, dónde está mi hijo?
Latur. ¡Qué me decís de Virginia!
Hablad por piedad... decidnos...
¿mas qué podreis añadir
á lo que ya nos han dicho
vuestras lágrimas?
Past. Señoras,
la Providencia... un destino
que el Eterno á los mortales
esconde en sus altos juicios,
quiere que las dos seais
dos exemplos, dos motivos
de compasion... de constancia,
y de dolor los mas dignos.
Marg. ¿Cómo?... ¿Quándo?... ¡Santos cielos!
¿habré perdido á mis hijos?
¿los he perdido? decidme.
Past. Si señora... por mí mismo
he visto un golpe de mar
deshacer todo el navío
de Virginia; y queriendo
darle socorro su amigo,
los dos en las mismas olas

han quedado sumergidos.
atur. Ser supremo omnipotente,
alto incomprehensible abismo
de poder y de grandeza,
¿por qué no habrá perecido
madre tan cruel é imprudente,
y se ha salvado aquel limpio
esignado corazon
le mi hija?
Sí, tu impío
roceder, injusta madre,
tu ambicioso designio
oy nos roba para siempre
l embeleso y el ídolo
e todos estos Colonos;
ufre, sufre tu martirio.

SCENA VII.

atur, Margarita, el Pastor y Domingo.

. Por vos, señora, perece
señor Pablo: ¡en qué abismo
males hemos quedado!
r. Pues si todos mis delitos
lpais, hoy se verá
venganza que medito.

Past. Las ofertas, los consejos,
y unos prudentes designios;
pero no vuestra impruden ia,
ni otra culpa ha decidido
la desgracia de Virginia.
Así á un cierto precipicio
corremos en esta vida
los mortales seducidos,
por la prudencia de aquellos
que nos dirigen.

Marg. ¡Dios mio!
Placer, amistad, fortuna;
todo, todo lo he perdido.

Past. Sola la beneficencia,
es señoras el asilo,
la dicha de la virtud;
y no hay otro estado fixo
ni mas seguro en la tierra.
Los proyectos y atractivos
de placer y de descanso,
en que soñamos dormidos,
no se han hecho para el débil
mortal, cuyo cruel destino
es sufrir y padecer:
creedme todos, ¿quién ha habido
que se haya libertado

de haber algun dia perdido
hijos, amigos, muger,
y lo que mas ha querido
en esta mansion del llanto?
m. Pastor, ved por el camino
l Gobernador que viene
buscarnos; el conflicto
n que se ha visto demuestra
semblante y sus vestidos.

SCENA VIII.

dichos, el Gobernador descompuesto el ca-
, y el vestido mojado, que manifiesta el pe-
que ha corrido. Soldados y habitantes: Ma-
ma Latur y Margarita estan sentadas
como fuera de sí.

l. ¡Todo lo ha tragado el mar!
do ha desaparecido!
feliz Virginia! apénas
el último conflicto
arrojáron á la lancha,
que se hubiera podido
es baxar á Virginia,
furioso torbellino
separó del costado

del navío: ¡cruel martirio!

Latur. Objetos los mas funestos
que para nuestro suplicio
nos da la naturaleza
cuidado... encanto... hijos, hijos,
¡con qué gracias y embelesos
nos preparais un abismo
de penas y de dolores!...
Para siempre... ¡ó atractivos!...
placer del amor materno...
para siempre...

Dom. Ya es preciso
que evitemos otros males;
llorad, pues: mas os suplico,
que os consoleis sin culparos.

Latur á Margarita.

Latur. Sola mi imprudencia ha sido
el cruel monstruo, el asesino
de Pablo y Virginia... sí,
han muerto por mí... te privo
de nuestros hijos, amiga.
Mira aquí el mayor suplicio
de una muger temeraria;
huye de ella: no te pido
un perdon que has de negarme;
acordarle es un delito:

morir quiero solamente.
arg. ¿Morir tú? ¡ó qué delirio!
No, mi amada, que tu amiga
quedando sin sus dos hijos
desamparada de todos,
necesita de tu auxîlio:
esignémonos.
rd. Señoras,
éjos de daros alivio
on indiscretos consejos,
aria mas excesivo
l dolor. La religion
a sido siempre el asilo
el desgraciado: á ella sola
udid, á ella os remito.

SCENA IX.

Los dichos, el Capitan del puerto.

Venid, señores, á ver
premio que ha merecido
virtud, y el mayor triunfo
e la inocencia ha tenido.
ando todos por la playa
scábamos repartidos
estrellado baxel

los náufragos desperdicios
arrojados de las olas,
á mis espaldas un grito
de alegría resonó,
la he salvado: al tiempo mismo
veo correr de todas partes
los habitantes, que unidos
á un solo punto en la orilla
se amontonan, crece el ruido;
y quando la novedad
me encaminaba á aquel sitio,
Zavi me sale al encuentro
desnudo, el rostro herido
y ensangrentado, muy ciertas
señales de su conflicto:
buscad, señor, á mi amo,
y decid que ha conseguido
librar Pablo del naufragio
á la fiel Virginia: dixo.
Yo entónces...

Latur. ¿Libres estan? *Sobresaltada*
¿qué decís?... ¿libres mis hijos?

Marg. ¿Virginia y Pablo?... ¿es posible?
¿los dos viven?

SCENA X.

El Gobernador, el Pastor, Zavi ensangrentado, y como atormentado de las olas con que ha luchado.

avi. Yo lo afirmo:
y estas señales que veis,
mi desaliento, y el vivo
dolor que en todo mi cuerpo
estoy sufriendo, me hizo
pensar que retardaria
el daros por mí este aviso...
allo al señor Capitan...
st. Arbitro y juez del destino
e los míseros mortales,
podrá encontrarse un impío
ue niegue tu providencia?
odrá afirmar que ha exîstido
guna virtud sin premio,
sin castigo algun vicio?
me por favor, buen negro,
qué visible prodigio
en su conservacion
lo y Virginia?
Oidlo:

Viendo que todos al agua
se arrojaban, determino
salvar á mi bienhechora,
y quando sobre el navío
en arco fatal la onda
abria su precipicio,
llego á sus pies, le encarezco
su triste fin, me arrodillo;
y con lágrimas y ruegos
le pido que sus vestidos
abandone; pero inmóvil
y serena no da oídos
su honestidad á mis ruegos:
y habiendo ya consentido
en la muerte inevitable
que la rodea, sus mismos
vestidos con una mano
sujeta, con otra al tímido
corazon le da valor,
y levantando tranquilos
y dulcemente sus ojos,
sin dar de temor indicios,
parecia un Angel que toma
su vuelo para el Impíreo.
Yo entónces muy lastimado
del entusiasmo ó delirio

de una tan rara entereza,
con ella me precipito
á pesar de su terrible
obstinacion. Infinito
Sér eterno omnipotente,
tu gran piedad nos previno
un tonel, que el pobre Pablo,
por dar socorro al arbitrio
de las ondas conducia.
Nuestras tres vidas pusimos
en un conductor tan débil
y tan inútil, que unidos
volábamos por las ondas,
qual suele de un torbellino
ser alzada hasta la esfera
débil pluma, cuyos giros
son inconstantes é inciertos.
En fin, señor, el Altísimo,
que en nuestra conservacion
velaba, quiso que al proviso
una furibunda oleada
nos levantase en el mismo
lecho de espumas que forma;
y reventando con ímpetu
á impulso del fuerte viento
que le infunde mayor brio,

dió con los tres en la orilla
quando ménos lo creímos.
Burd. Qué... ¿al fin se libró Virginia?
obra tuya fué ¡Dios mio!
Vamos á admirar el grande,
y el mas visible prodigio
de la omnipotencia: vamos.
Past. Corramos á ver mi amigo:
¡ó qué grande es el placer
despues que pasó el peligro!

SCENA ULTIMA.

a playa, el puerto, varios baxeles desmante-
dos, y en la orilla despojos de naufragios.
vé una roca muy elevada, que sirve para
ultar el coro de marineros y habitantes, que
de salir á su tiempo rodeando á Pablo y
rginia. Por el lado opuesto Madama Latur
Margarita acompañadas de Domingo, mani-
tando en la inquietud de su semblante y mi-
das la impaciencia de su ternura. Domingo
adelanta hasta ir detras de la roca, y á muy
reve rato sale abrazado de Pablo, á quien
rodea la multitud.

iéntras canta el coro se presenta Pablo con
mingo, Virginia con la Isleña, y ellos dos
dos de las manos. A su vista las madres se
cipitan en los brazos de sus hijos con un grito
etrante de alegría, en cuya aptitud perma-
en hasta el final del coro, que se presentan
el Gobernador, el Pastor, Zavi
y soldados.

Coro.

La dicha á que os destina
madre naturaleza,
¿qué bárbara fiereza
os podrá arrebatar?

Pab. Vedla aquí, que se ha salvado. *A Margar*
Mi libertador, mi amigo, *A Zavi.*
sin tu valor, ¿qué seríamos?
hubiéramos perecido.
Virg. Madre mia, si quereis
que hoy haga en otro navío
este viage funesto,
mandadlo, yo me resigno.
Burd. No alma grande: nunca, nunca
dexarás este sencillo
suelo natal: partiré
solo á Francia, y con un vivo
interes por tu fortuna
y por tu dicha te afirmo,
que persuadiré á tu tia
que os llene de beneficios;
y si no escùcha mis ruegos,
soy libre, tambien soy rico,
y te llenaré de bienes.
Pablo será tu marido,

y en el seno maternal
viviréis los dos unidos...
Y tú, Zavi, que ayudaste
Pablo en el gran designio
e libertar á su hermana,
oma... vé aquí mi bolsillo:
a eres libre: vive y muere
ntre tu muger é hijos.

Todos y Coro.

De las tiernas venturas
á que os destina el cielo,
en vuestro patrio suelo
gozad siempre, gozad.

FIN.